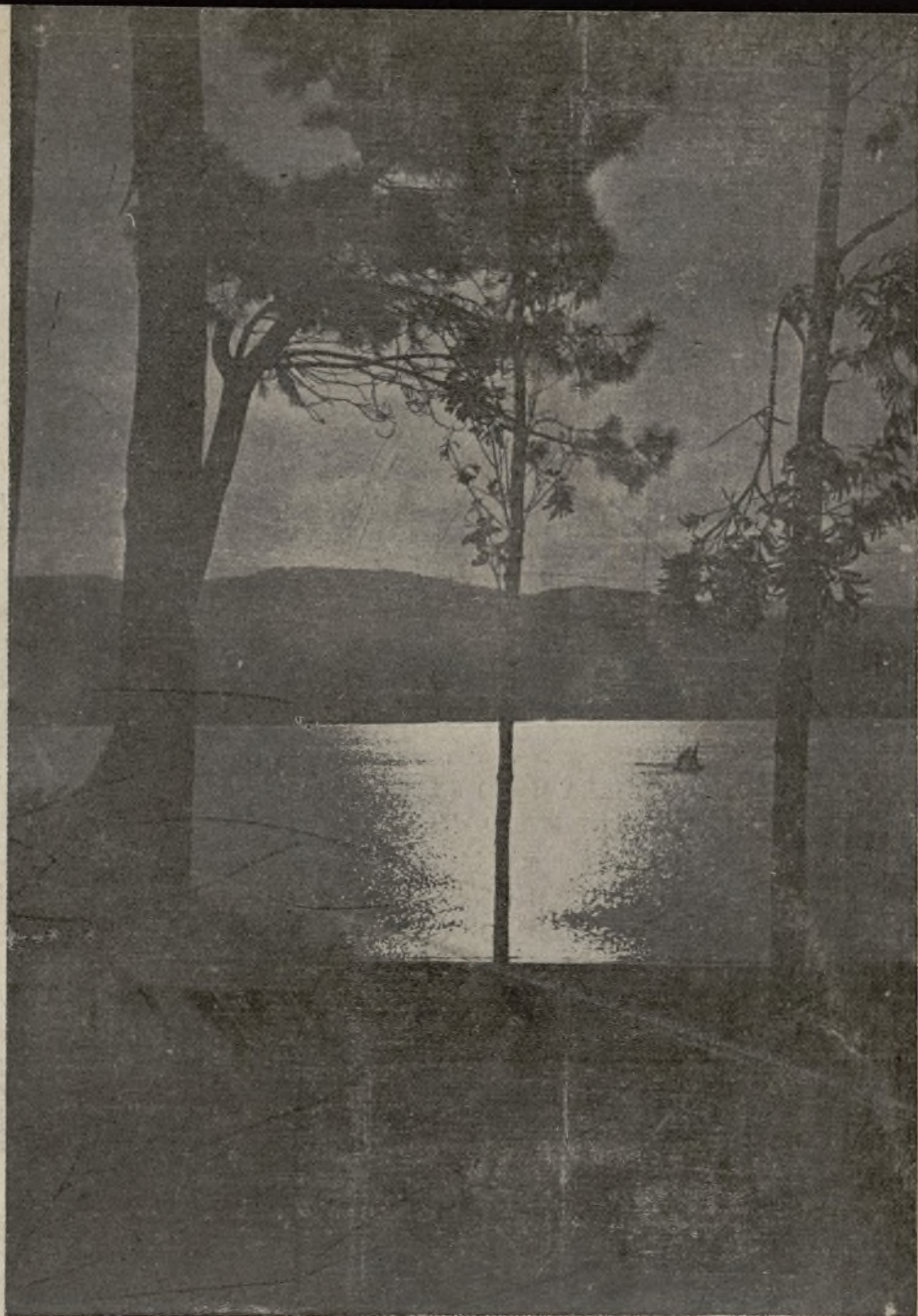


751

no  
↓



**Calles**

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

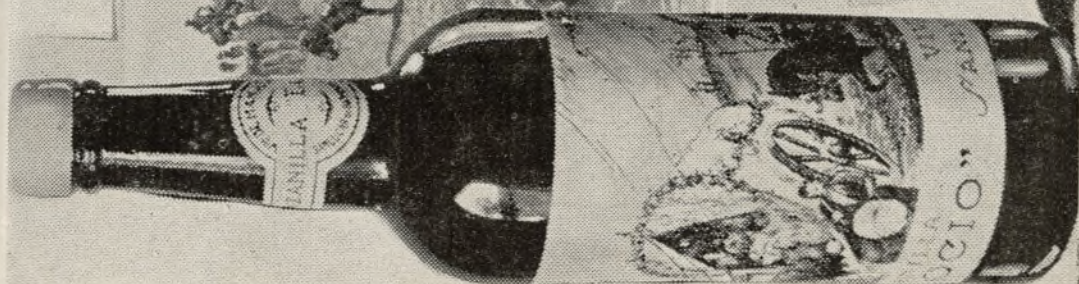


# INDICE

PORTADA (Nocturno) . . . . .	<i>Enrique del Pino.</i>
PÁGINA DE HONOR . . . . .	<i>Condesa de Pardo-Bazán.</i>
EDITORIAL . . . . .	<i>«Cauces».</i>
FOTOGRAFÍA DE MUSSOLINI . . . . .	<i>«Luce».</i>
ROMA, ADIVINADA . . . . .	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
TU RISA . . . . .	<i>Antonio L. Juliá.</i>
SONETO . . . . .	<i>Juan Ruiz Peña.</i>
A LA ROSA . . . . .	<i>P. Pérez Clotet.</i>
LAS ROSAS DE SANTA TERESA . . . . .	<i>F. Gómez de Travedo.</i>
EPÍSTOLA A DON ZOILO (Ilustración del autor) . . . . .	<i>Juan Miranda.</i>
Estudios: EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo. . . . .	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
SEMBLANZA VISIONARIA DE SAN JUAN DE SAHAGÚN . . . . .	<i>José de las Cuevas.</i>
HISTORIA DEL BUEN REY TOTEM . . . . .	<i>José María Pemán.</i>
NOTAS EN AZUL . . . . .	<i>José María Hernández-Rubio.</i>
Espejo de los días: LA MANO EXTENDIDA . . . . .	<i>Pragmacio Salgado.</i>
BALCÓN DE LAS REVISTAS . . . . .	<i>José Sanz y Díaz.</i>
El mejor artículo del mes: UNA VENTANITA . . . . .	<i>Francisco de Cossío.</i>
MANUEL (Canción popular) . . . . .	<i>P. Pérez Clotet.</i>
«EPIFANÍA DEL TRABAJO» . . . . .	<i>Benjamin Ramos García.</i>
SILUETA . . . . .	<i>Jesús Alonso.</i>
ANTENA LITERARIA . . . . .	<i>José Sanz y Díaz.</i>
MAURRÁS BAJO LA CÚPULA . . . . .	<i>Guillermo Camacho Montoya.</i>
RAZÓN CREADORA DE LA ORDEN DEL «TÍO PEPE» . . . . .	<i>Luis Pérez Solero.</i>
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	<i>Luis de Barja.</i>
«MEDIODÍA» . . . . .	
«ISLA» . . . . .	
«LIRA BÉLICA» . . . . .	
ACUSE DE RECIBO . . . . .	



MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANIÖN - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebío,  
la meñón manzanilla  
y íalel,  
la de «El Rocio».  
Solera.







**"La Unión y El Fénix Español"**

**Compañía Española de Seguros**

**FUNDADA EN 1864**

**Domicilio legal: BILBAO**

**Calle ARENAL, n.º 3.**

**(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)**

SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

**Subdirector para CÁDIZ y su provincia:**

**RAMÓN GARCÍA BLANCO**

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448

**ESTABLECIMIENTOS**

**Cerón**

**Y LIBRERÍA**

**Cervantes**

**-- S. L. --**

**CADIZ**

### **COMPAÑÍA TRASMEDITERRÁNEA**

Servicio rápido semanal Barcelona-Cádiz-Canarias y viceversa, por las modernas y lujosas motonaves "DOMINE" y "CIUDAD DE PALMA" con arreglo al siguiente itinerario:

PUERTOS	LLEGADAS		SALIDAS	
Barcelona			Sábado	12 h.
Cádiz	Lunes	7 h.	Lunes	15 h.
Las Palmas	Miércoles	16 h.	Jueves	24 h.
S. C. de Tenerife	Viernes	7 h.	Viernes	24 h.
Cádiz	Lunes	9 h.	Lunes	12 h.
Barcelona	Miércoles	9 h.		

**ADMITIENDO PASAJEROS EN PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA CLASE**

Para informes en la Delegación de la **Compañía Trasmediterránea en Cádiz**, calle de Isaac Peral, 25.-Teléfonos 2213 y 2214.

**J. FIALLO**



**Aviador Durán González. - JEREZ**

Trabajos fotográficos de todas clases. ::: La más visitada.  
**TALLER PARA AFICIONADOS**



# NUESTRA HONOR

## PÁGINA DE

¡Qué iglesia tan pobre! Más bien parece la casuca de un aldeano, conociéndose únicamente su sagrado destino en la cruz que corona el tejadillo del pórtico. La impresión es de melancolía y humedad: el atrio herboso está a todas horas, aún a las meridianas, muy salpicado y como empapado de rocío. La tierra del atrio sube más alto que el peristilo de la iglesia, y ésta se hunde, se sepulta entre el terruño que lentamente va desprendiéndose del collado próximo. En una esquina del atrio, un pequeño campanario aislado sostiene el rajado esquilón; en el centro, una cruz baja, sobre tres gradas de piedra, da al cuadro un toque poético, pensativo. Allí, en aquel rincón del Universo, vive Jesús... pero ¡cuán sólo, cuán olvidado!

Julían se detuvo ante la cruz. Estaba viejo realmente, y también más varonil: algunos rasgos de su fisonomía delicada, se marcaban, se delineaban con más firmeza: sus labios, contraídos y empalidecidos, revelaban la severidad del hombre acostumbrado a dominar todo arranque pasional, todo impulso esencialmente terrestre. La edad viril le había enseñado y dado a conocer, cual es el mérito y debe ser la corona del sacerdote puro. Habíase vuelto muy indulgente con los demás al par que severo consigo mismo.

Al pisar el atrio de Ulloa, notaba una impresión singularísima. Parecíale que alguna persona muy querida, muy querida para él, andaba por allí, resucitada, viviente, envolviéndole en su presencia, calentándole con su aliento. ¿Y quién podía ser esa persona? ¡Válgame Dios! ¡Pues no daba ahora en el dislate de creer, que la señora de Moscoso vivía, a pesar de haber leído su esquila de defunción. Tan rara alucinación, era, sin duda, causada por la vuelta a Ulloa después de un paréntesis de dos lustros. ¡La muerte de la señora de Moscoso! Nada más fácil que cerciorarse de ella. Allí estaba el cementerio. Acercarse a un muro coronado de hiedra, empujar una puerta de madera, y penetrar en su recinto.

Era un lugar sombrío, aunque le faltasen los lánguidos sauces y cipreses que tan bien acompañan con sus actitudes teatrales y majestuosas la solemnidad de los campo-santos. Limitábanlo de una parte las tapias de la iglesia, de otra tres murallones revestidos de piedras y plantas parásitas; y la puerta, fronteriza a la de entrada por el atrio, la formaba un enverjado de madera, al través del cual se veía diáfano y remoto horizonte de montañas, a la sazón color de violeta, por la hora, que era aquella en que el sol, sin calentar mucho todavía, empieza a subir hacia su cénit, y en que la naturaleza se despierta como saliendo de un baño, estremecida de frescura y frío natural. Sobre la verja se inclinaba añoso olivo, donde nidaban mil gorriones alborotadores, que a veces azotaban y sacudían el ramaje con su voleteo apresurado; y hacíale frente una enorme mata de hortensia, mustia y doblegada por las lluvias de la estación, graciosamente enfermiza, con sus mazorcas de desmayadas flores azules y amarillentas.

Condesa DE PARDO-BAZÁN

(De «Los Pazos de Ulloa»)



## editorial

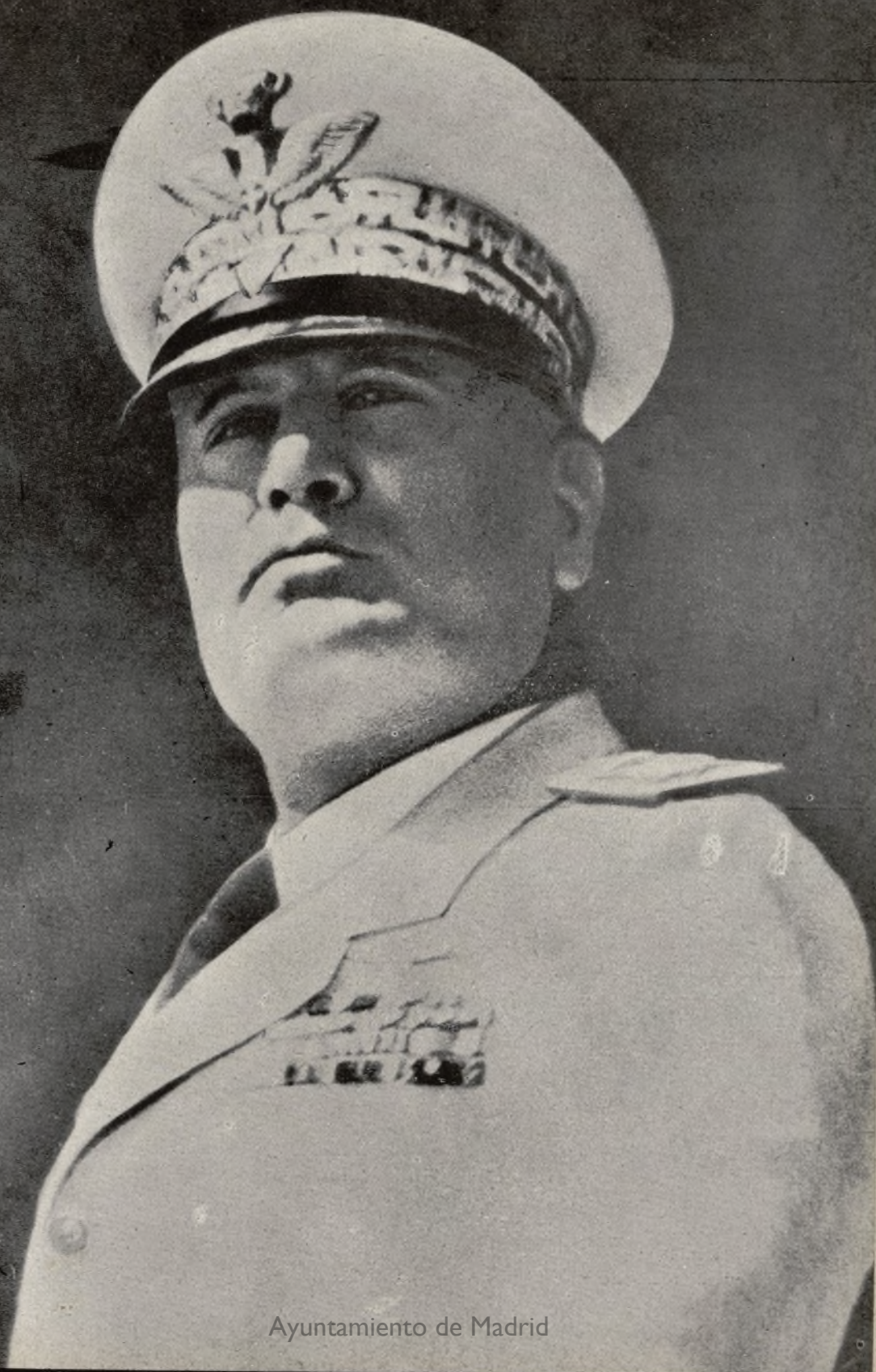
En Roma imperial y eterna, hoy más que nunca, florida de lises, frente al Mar de los grandes destinos, abiertos los ojos al azul claro y profundo de nuestro Cielo ecuménico, y los sentidos abiertos a la luz teológica del milagro, Serrano Súñer, caballero andante de una cultura, Adelantado de esta Patria, en trance de salvación definitiva, ha lanzado a los cuatro puntos cardinales, el Mensaje rotundo de nuestra voluntad implacable de Paz y de Imperio; «Dios quiera unirnos de nuevo, en la defensa de unos ideales comunes». No basta hacer la Historia. Hay que tener rango moral y alteza humana, para escribirla. Y la conciencia de los hechos logrados, y el orgullo de las victorias hechas carne palpitante y realidad gloriosa... Todo un siglo de liberalismo, de indiferencia y abandono en el juego de intereses de las potencias occidentales, hicieron olvidar a nuestros gobernantes, el lenguaje sonoro y magnífico de los hombres que rigieron los destinos españoles en los siglos de nuestra madurez histórica. Pero al encontrarse a sí misma, España ha vuelto a encontrar su talla heroica, su posición ante el Mundo y el Tiempo. Por eso, bajo el Cielo de una primavera estremecida de triunfos y augurios, en el marco augusto de Roma, Serrano Súñer ha sabido hablar con el garbo, la precisión y la justeza con que siempre habló España en las grandes ocasiones de la Historia... Como el César Carlos I, en Mulberg y en Woorms; como Isabel de Castilla, frente a los muros dorados de Granada, franqueados ya al empuje de las armas españolas... Ante la labor de zapa de los enemigos de dentro y de fuera de las fronteras, la unánime decisión de un pueblo, de permanecer fiel a su destino; el encendido juramento de lealtad insobornable, de sumisión y acatamiento, al Hombre providencial, llamado por Dios mismo desde toda la Eternidad, para realizar esta obra de retorno a la Romanidad y al Imperio.

Así ha sido, de ferviente y efusivo el encuentro de los dos grandes pueblos latinos después de la Victoria que ha coronado la Guerra Santa contra el bolchevismo.

Las armas del Imperio, guardarán, bajo el Signo de los dos genios de la Raza, el Duce de Italia y el Caudillo español, los dogmas de la latinidad y las piedras angulares de una civilización milenaria.

«CAUCES»





Ayuntamiento de Madrid



## Roma, adivinada.

Pertenezco a una generación milagrosamente salvada del pecado. Y esta generación había oído siempre que el centro de toda cultura ha de estar presente en el ánimo durante toda la vida como una norma de conducta. Se nos ofrecía, como el hogar para la lluvia, este centro: París.

París ha sido, en suma, la máxima esperanza en todos los órdenes. No visitar la capital francesa era casi un estigma hincado en la frente. La diplomacia mejor, en París. La moda última, en París. La poesía decisiva, procedente de París. Un meridiano de sometimiento. París era la voz engolada, el buen cigarro oloroso, el reloj cronométrico, la habitual desviación de todo lo que entre nosotros había nacido. Y sobre todo esto, el tiempo sin alma; con un vacío de negación forjado por todos los poetas decadentes.

Como lógica consecuencia, París nos fué arrancando a lo vivo, a trozos, como una gangrena, la religiosidad, el ímpetu católico, llenando nuestra lengua de «oes» y de «ues». Y al margen, como la casa propia en la distancia del camino sencillo, se nos había quedado, llena de olvido y de musgo, la gracia perdurable de Roma.

No he visto Roma, pero afirmo que, contra esta circunstancia, poseo una virtud: la de haberla adivinado en la soledad de mi lectura.

Me figuro cómo es Roma. Nunca he pensado, en cambio, cómo será París. La ciudad pontificia me atrae con una irresistible tenacidad, con aquella fuerza de que hablara en mi «Imán de Roma»: santo calor de la casa conocida. París, por el contrario, choca con mi alma, fuertemente, sin ángulo de misericordia. Creo que sin verlo puede uno morir a sus anchas, con toda comodidad, si se tiene resuelto el problema del espíritu, y si amorosamente se tiene ofrecida la resignación al Señor. Considero una vida incompleta aquella que desemboque en la muerte sin haber rozado la línea recta de las columnas romanas.

He visto una estampa evocadora de Margara Muntaner. Y en el acto, he pensado en Roma. Porque el agua de sus fuentes es un agua especial, diáfana, como traspasada de lumbre, que habla a los sentidos purificándolos de tierra y a la sangre purificándola de inquietud. Agua romana, que es para mí, en suma, agua de equilibrio, agua de perfección y milagro.

Creo que ante ella resonará el viento de Italia en los oídos como una de esas voces habituales de las que solemos decir de un golpe:

—Esa es la voz de Luis.

Nosotros diríamos—todos—si nos llevaran a Roma y nos dejaran en sus calles, con un pañuelo español atado a los ojos:

—Esa es el agua de Roma.

Porque no es fuente ni río, sino voz: ¡Voz sacramental de la Ciudad de Dios, como una hostia resbalada en la lengua!

Cuando antes decíamos algo de Francia, la llamábamos «Francia vecina o Francia amiga». Pero al evocar a Italia—cuyo corazón es Roma, centro del mundo—, siempre dijimos:

—Península hermana.

Con una hermandad de contacto, de acercamiento y proximidad, que no es sino derivación de maternidad en el tiempo llegado. Porque la Italia de hoy, de Trípoli y Addis-Abeba, la Italia que ha realizado en lo universal su gran ensanchamiento, ha nacido, como nosotros, al



viejo calor de Roma. Y como Italia y España, después de las empresas decretadas por Dios, se han encontrado unidas en la Cruz, este encuentro o hermandad ha sido como el júbilo de los hijos que se abrazan al final de la ausencia.

Y me figuro sus calles y plazas: rectas, limpias, ordenadas, en perenne acto de servicio. Y adivino en la luna nuestra una claridad semejante sobre el silencio redondo de Roma.

Porque muchas veces he pensado:

—A esta hora, qué católica claridad envolverá las piedras santas de la Roma pontificia...

Por eso considero que si todo centro de cultura ha de estar hincado en el ánimo como una flecha que señala el norte del rumbo, hay que ir dejando un poco a París y llegar con alborozo a Roma. Tengamos en su día la «Francia vecina». Pero tengamos fervorosamente siempre nuestra «Italia hermana». Y a Roma, corazón y centro del mundo.

Porque así podremos alcanzar esta indulgencia plenaria: la de ser soldados de Cristo. En los siglos celestiales. Apostólicamente.

A la santa manera de la Iglesia.

F r a n c i s c o      M O N T E R O      G A L V A C H E

## *Tu risa*

Luz y aire.

Tu risa en la callada  
serenidad del aire...

¡Tu risa!

El alma del arroyo  
herida por la piedra  
detenida en el tiempo...

Y un remolino verde  
de olorosas espumas...

Fino cristal,  
que al roce de la brisa  
se vierte en esperanzas.

Tu risa tiene un fondo  
tibio y claro, de lágrimas.

¡Luz y aire!

Es la voz que me alienta  
por la sombra del valle.

A n t o n i o   L .   J U L I Á



## *Soneto*

*A Eduardo Llosent*

¡Quién revivir pudiera entre los idos  
Días de adolescencia, aquel paseo...!  
Del misterioso barrio ¡siempre os veo  
Vidrios de luz y ensueño en mí perdidos!

Si removiendo, ¡ay!, los doloridos  
Recuerdos del vivir, cumple el deseo  
Su soñar fervoroso con que creo  
Los poéticos hijos esparcidos.

Mi solitario corazón evoca  
La sombra esbelta del maestro erguida,  
Y amicales espíritus convoca.

Dame la mano de la despedida  
Que mi pura amistad marcha contigo,  
Espíritu sutil, mi fino amigo.

J u a n   R U I Z   P E Ñ A



# A la rosa

A César González-Ruano  
y a César de Alda.

*"Allí donde tu gracia mantenida  
puntas se hace de amor que sangre quiere",  
allí vuelvo a gozar tu olor que hiere,  
rosa de alta clausura, ya abolida.*

*No he de perderte, oh rosa conseguida  
tras tanta flor que en esperanza muere,  
por cualquier vana espina, si mordiere  
tu exacta luz a mi pasión ceñida.*

*Sangres que mi alma vierta en tu camino,  
serán caudales ávidos que aviven  
mi hondo jardín, tu púrpura frondosa.*

*Sigue, rosa difícil, tu destino,  
para los ruiseñores que conciben  
que la rosa es así, "que así es la rosa".*

P. P É R E Z C L O T E T



# Las rosas de Santa Teresa

*A mi hermana Matilde*

Se desgarraba azul y ópalo la tarde; de las tapias de los huertos, de las azoteas, de las ventanas humildes y de las fachadas señoriales; de los miradores altivos como proas de navío y hasta de las paredes del cementerio, caía lo blanco de la cal sobre el mar.

Era como una catarata lentísima, como una sutil lluvia de pedacitos immaculados.

La ciudad limpia y ordenada se vertía sobre el Mediterráneo como un inmenso cáliz de jacinto. Y estaba toda ungida de sales y de silencios litúrgicos; húmeda, oxidada y violeta como una custodia olvidada en el polvo de las catedrales enterradas.

Parecía una estampa romántica; una litografía azulada del setecientos. Al fondo el Mar. Era una ciudad de marinos; por los bordes de la dársena se paseaba, azul y oro, el uniforme de los capitanes de fragata.

A veces, rasgaba el asombro los entorchados de un Vicealmirante y doraba el sol un momento el sable de plata y las cruces de Filipinas.

Palpitaba con un leve temblor azul el gas en los primeros faroles del Municipio y paseaban los armadores del brazo de los hombres de leyes. Semitas y arios en apacible cortejanía.

Los abogados hablaban de cánones, de usos forales, de la Casa de Contratación, de las Leyes de India y los marinos pintaban en la calma inmensa de la bahía, viajes maravillosos por el Océano de las aguas dormidas; cruceros por el mar tenebroso del coral, de las especíes y de la canela. Y se encendían sus ojos con el fuego de aquellas islas vírgenes, donde la tierra tenía la blanda palpitación de las algas y una fertilidad casi lujuriosa para producir la menta, el caucho, la plata, el topacio y unos carbunclos encendidos como granates de Persia. Y los zafiros purísimos de un azul intacto y tibio como las pupilas de las vírgenes de Moctezuma.

Y cantaban las niñas romances infantiles a la caída del sol en las calles que olían a madreSelva.

El romance eternamente triste del Rey que iba en busca de la Infantita muerta.

«¿Donde vas Alfonso XII

donde vas triste de tí?»

Y se adivinaba a Mercedes, blanca y pálida en el ataúd, como una azucena desmayada.

El cemento de la bahía se prolongaba por un paseo de palmeras, y allí acudía María del Carmen todas las tardes con su padre; un viejo Capitán jubilado de la Marina.

No se sabía que ella hubiese salido con nadie más.

Las amigas del colegio la saludaban desde lejos pero sin llamarla; de todas formas ella no hubiera ido nunca. El padre estaba tan viejecito que casi no veía y María del Carmen se había constituido en su guarda. Era una penosa misión de lazarillo, envuelta en sutiles atenciones.

Ella sacrificaba sus juegos de niña para que su padre no se quedara en casa. Sabía que casi no podía ver el mar, pero le gustaba aspirar sus brisas, sentirlo de cerca, porque en aquel mar había luchado toda su vida, y María del Carmen que comprendía esta veneración se sacrificaba gustosa porque le horrorizaba la idea de verlo con un bastón o con la cadena de un perro tirándole de los pulsos.



No era sólo el Decálogo. Era también gratitud; gratitud al mar que era el Pan.  
A veces surgía el diálogo heroico.

—Hija, te estás sacrificando por mí; vete con tus amigas.

—No, padre, no me gusta jugar. Me aburriría.

—¿No te gusta jugar?

Y el padre temblaba porque estuviese enferma y le asustaba el color pálido de la frente y el brillo ausente de sus pupilas de terciopelo.

Capitán de sueños sin barcos, marino de toda la vida, no había advertido que lentamente el tiempo resbalando sobre el cristal de la dársena, había convertido la niña en mujer. Y que una nave de guerra con proa de metal llegaba a su corazón al abordaje.

Era el amor que había anclado en María del Carmen, que ya en las tardes no miraba al mar, sino tierra adentro, al óxido de los railes y a las margaritas que crecen junto a los bordes del ferrocarril; que ya no atendía a las sirenas de los buques sino al pitido de la locomotora. Viraje en redondo. Ahora su nueva carta de marear: la Estación. Aquel tren que ponía sabores de sal y de amor en los andenes y que a ella le traía sobre todas las cosas; limpio, optimista y azul: un cadete de San Fernando.

Se embarcó en el «Baleares». Fué una decisión de amor entre dos islas doradas.

Una mañana, junto al paseo del mar, empapados los vientos a violetas:

—Me han dado a escoger dos cruceros «Canarias» o «Baleares». Elige tú.

Y decretó María del Carmen, con una rosa en las manos.

—«Baleares».

Era una sentencia de muerte con la sonrisa en los labios.

—«Baleares» porque allí hay sol y están las playas doradas y silenciosas como a ti te gustan. Y porque allí está enterrada mi madre.

Un idilio desde el puente de mando.

Y las cartas; aquellas cartas que traían desde donde él estaba un perfume de aventuras, de combates y de gloria. A veces, desde la misma boca de los puertos rojos, tableteaba de impaciencia el «morse».

«María del Carmen, te quiero».

Y subían del fondo de los mares dormidos, los peces de escamas irisadas y de glóbulo lento, voluntarios para llevar ese parte.

Primero fué un leve murmullo apagado. Luego la insinuación de la radio; después la noticia en la prensa: hundimiento del «Baleares».

María del Carmen se enteró de la nueva cerca del mar. Se le nublaron los ojos y sintió apagársele el latido de las arterias.

¡Hundimiento del «Baleares»!

Le parecía aquello demasiado poco. Una frase que no decía nada. No era que se hundía un barco. Es que se hundía él, la tarde, su vida, el cielo, las violetas y los pájaros.

Estuvo llorando mucho tiempo.

Al levantar los ojos parpadeó un lucero. Y se llenó su corazón de estupor.

¡Dios mío, pero todavía quedaban estrellas!

Luto en Cádiz, en Jerez, en el Puerto de Santa María. Luto en Andalucía. Toda España de luto con las primeras listas de cadáveres. Y el nombre de él entre los que se hundieron cantando.

¿Qué hacía María del Carmen?

Había muerto su padre y ya no tenía su vida en el mundo ni siquiera la justificación sentimental de servirle de lazarillo para que contemplase las puestas de sol en la bahía.



No tenía nada que hacer en el mundo.

¿Pero es que fuera del mundo no había sitios para los que quieren enterrar en vida su corazón?

Y se le apareció Santa Teresa; el hábito y las rosas del claustro.

Profesó. Toda la mañana tenía un dulce sabor a naranjos.

—¿Renuncias al mundo por amor a Cristo?

—Renuncio.

Porque el mundo era «él» con la boca fría por las burbujas de sangre del último jarriba España! que se le había helado en los labios.

(Agustín de Foxá: «Aquel barco con un nombre de Isla».)

Sólo que había sido un error; un enorme y trágico error; porque él no había muerto.

Confusión de nombres y de apellidos. Un «film» de película ¿no?, pero cuántos «films» de películas se han doblado en esta Guerra?

Apareció él; la buscó, intentó hablarle por todos los medios: convencerla. Fué inútil. Ella no iba a dar con su vocación, argumento para una segunda edición al revés de «la Dolorosa».

El enrejado finísimo del claustro era lo único que los separaba, pero eran aquellos sutiles maderos más fuertes que una montaña de acero.

Para siempre.

No consintió siquiera el diálogo. Se contentó con verlo un día en misa desde el coro. Entró él, firme, arrogante, laureado: cinco flechas de plata en la guerrera.

Todo el rostro le brillaba de resplandores.

Y a ella le pareció que la gloria que él traía prendida en sus banderas, eran como las cinco rosas de un Himno de vocación y de sangre.

Las rosas del hábito que ella había abrazado: las rosas de Santa Teresa.

Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO

## CONSIGNA

«Si tenemos que dividir el pan o compartir nuestra casa, lo haremos por esta unidad, porque esa es la verdadera fraternidad y caridad cristiana, que ha sido siempre la ejecutoria de nuestro pueblo. Yo estoy seguro de ello, y para hacer una España tan grande, necesitamos la actividad de todos; y para llevar los corazones en una fila unida y apretada, es necesario que entre el sol, el pan y la lumbre en los hogares.»

FRANCO



# Epístola a Don Zoilo

(En torno a la posibilidad de un camino de Damasco).

«Cuanto a mí me ocurre es toda mi física  
y toda mi metafísica»

MONTAIGNE: Ensayos.

Don Zoilo catedrático:

En nuestra aula éramos treinta, Don Zoilo, y quiero que medite usted, tan cabal, tan reflexivo siempre, en la sencilla sinfonía de este número. ¡Defectos, estos, Don Zoilo, de la extremada juventud! A veces nos metemos a consumistas y eso nos divierte: «¡A ver, usted, señor gordo de los quevedos!» «¿Qué es eso, caballero, me quiere usted decir qué elucubraciones de caracol bajo su cráneo?» «¡Y usted, usted no se nos escape, no se nos escape todavía!» Claro que con veinte años más yo también... Dios me perdone; iba a decir, Don Zoilo, con veinte años más yo también llegaría a comprender ese su enguatarse la vida. Pero también es lo que usted dirá: Ajustarse escrupulosamente a las prescripciones barométricas, decir que no se comprende «el lenguaje que hoy hablan los muchachos» —¿no eran éstas precisamente sus palabras?—y recriminarnos porque encontráramos incómoda la sopa boba paternal, no es pecado suyo solamente. Y eso de pecado lo añado yo porque usted es mucho más blando en sus palabras y se esquivo siempre con una agilidad inimaginable.

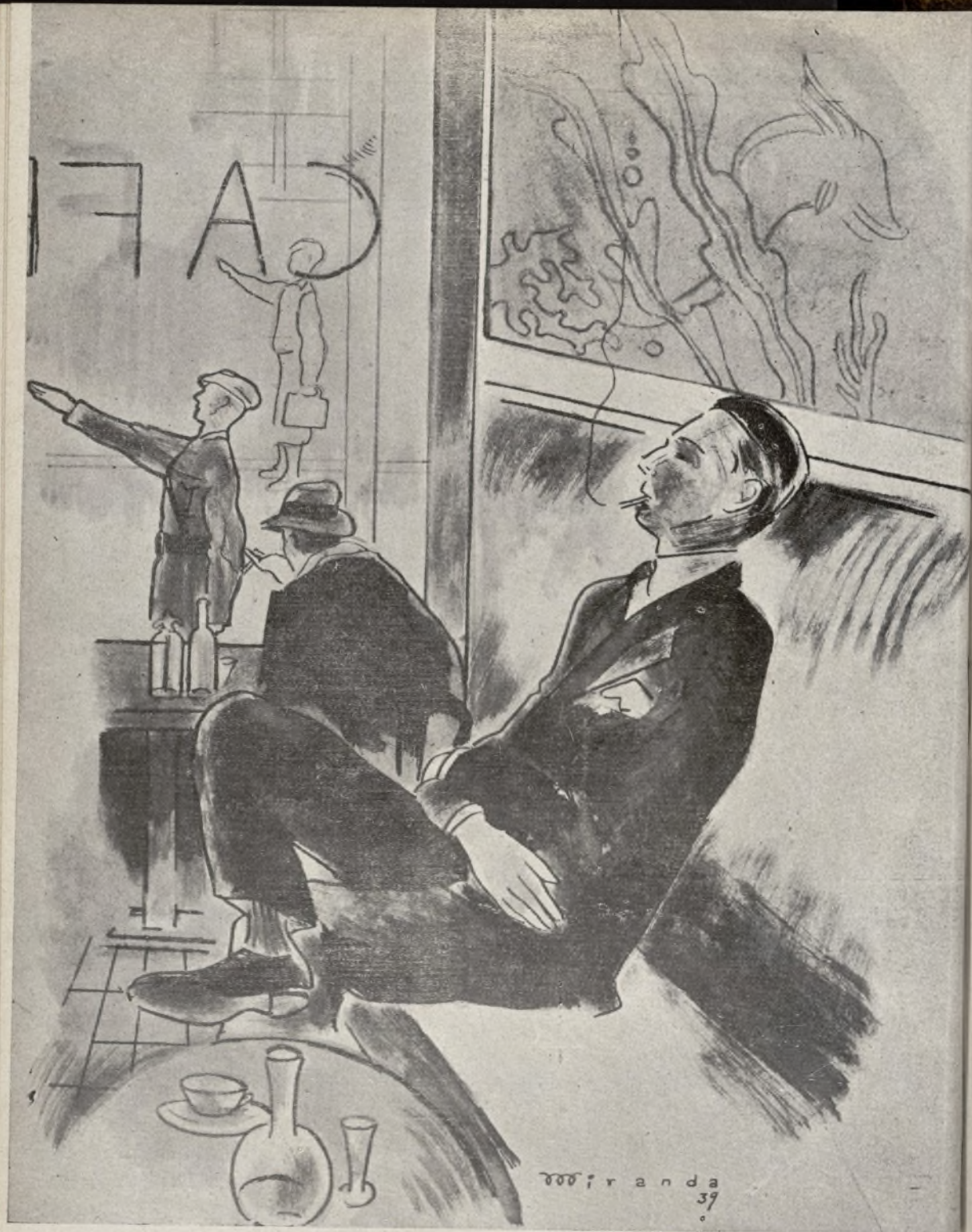
Usted se dolía en la mesa del café con dos o tres graves señores—de esos que «cuajaron» ya y encuentran la naturaleza perfectísima—de que se hablase ahora un lenguaje fuerte, de puños y pistolas. No se asombre si escucha que ése, sólo, nos ha deparado la ocasión de salvarle a usted y a nuestros padres.

(Don Zoilo, usted muchas veces colocaba un cero al lado de ciertos nombres, en la lista de la asignatura, cuando creía apresar una de esas horribles criaturas subversivas a las que era grácioso el espectáculo de generaciones enteras de señores de levita ocupados en construir una especie de torta de bautizo adornada luego de hermosísimos principios.)

Pero en el aula—a lo que íbamos—usted recordará, éramos treinta. Estábamos Tino Alcudia—aquel que le recitaba las lecciones como sonámbulo—, Rafael Pontejos—con su cabellera rizada de fauno joven—, Carlos Drallo—¿no hubiese llegado a ser un estupendo civilista?—, Juan Antonio Zufiaurre, Pablo Zaldívar, Javier Ocanto...

A usted le sorprendería la guerra seguramente. A Tino, a Rafael, a Juan Antonio, a Pablo, a Javier, a mí, finalmente, no nos sorprendió. Usted clamaría—y clamó, me consta—por el retorno a la legalidad jurídica, a los acreditadísimos principios de la convivencia y demás tatachines, música de «La peste de Otranto». A Tino, Rafael, Carlos, etc., etc., no nos importó lo más mínimo. A usted, Don Zoilo, el alegre naufragio—con fuegos artificiales, por supuesto—de esas viejas damas de herpes congénita y prolongado esternón menopáusico y sentimental, «doña Democracia», «doña Juridicidad», «doña usted-tiene-la-palabra» y





«doña me-uno-al-voto-particular-del-señor-presidente», le costaría prolongados desmayos dolorosos. Nosotros nunca nos hemos sentido más nosotros, ni más fieles a un alegre y divino mandato sin palabras, que cuando los corrimos un poquito.



Usted, Don Zoilo amigo, gustaba de citarnos, en apoyo de sus tesis, bonitas anécdotas: «Los antiguos germanos que el latino historiador...» Bueno; eso estaba muy bien; pero lo que no sabía usted es que, mientras tanto nosotros nos salvábamos ya en potencia de los bárbaros y le salvábamos de paso aunque usted persistía arrobado en su mundo de papel floreado bajo el que había so-  
bradas páginas de las «Ideas políticas de Adam Müller.»

Pues bien, éramos treinta, y con el último parte oficial he acometido la tarea solemne del recuento. Tino murió. Se le metió en la cabeza una idea *estúpida*: mandar moros de Ifni, *herméticas individualidades calcinadas*. Seguramente recordando al capitán Morhange, a Antinez, Piorre Beutz y los caballeros de «oriscalco». Y murió. Lo recogió Javier, inmediato en la línea—al rojo vivo—y heredó sus apuntes. Cloted no los hubiera entendido. Es a su estilo lo que nuestra escritura pudiera serlo a la selenita, si existiera. Pablo, desapareció en Extremadura, de artillero segundo, y antes de su tránsito había aprendido—no se ría usted—agricultura. Dábase a la guerra este tardío magisterio.

¿Cuántos de nosotros sabíamos que era una labor, un barbecho, un eriazó?

Antonio cayó con su aparato por Mancha Real. Con la máquina—que llegó intacta como él—se difundió. Luego, a la caída de la tarde lo crucificaron en un olivo. Todavía vivía al empezar los grillos su alta música de cámara.

Carlos y Rafael, sanitario y falangista, desaparecidos igualmente. Y usted les suspendió tontamente en Procesal; pero, Don Zoilo, no se duela... También Ricardo, caído en el Ebro, en Venta Camposines, de la Mehala; Santiago recogido, con una medallita entre los dientes, en una playa de Argel; Yergo atormentado en una checa, fusilado, más tarde, en la Prolongación de la Castellana... ¿Una generación trágica?... Verá usted, Don Zoilo, verá usted...

Nosotros no hacemos otra cosa, hombre, que recriminarle blandamente. ¡Aquellas sus frases lapidarias, compás aquel nítido puño con su gemelo simulando una herradura...!

Don Zoilo, como usted muchos y ese fué el mal, nuestro mal triste que quizá no debamos condenar tanto más cuanto nos ha deparado este amanecer y estas canciones.

Pero observo, Don Zoilo, que usted se duele todavía de las frases rotundas. Instintivamente marca usted el lomo—¡metáforas, Don Zoilo!—frontera de ciertas palabras de aristas francas, acometedoras: «Irredentismo», «llegó nuestra hora en el mundo», «Imperio» etc., etc.

Es lo que usted dirá: «¡Qué imprudentes, qué imprudentes! ¿Para qué esas rotundidades peligrosas siendo rico el diccionario en cortesés giros, guata amable, sordina diplomática?»

Y aún observo más. Usted permanece en el café bien sentado, cabe su ventana, friolento y encogido, mientras en la calle cantan. Fijese, Don Zoilo, en esos brazos, en esos pechos, en esos rostros, en todo ese fino aire de servicio cumplido y rebasado.

Abrace a los demás, pague usted si quiere al camarero y entone con nosotros el himno del «entusiasta pesimismo» y la risueña y responsable esperanza...

J u a n M I R A N D A



# EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo

## SUS PRIMEROS AÑOS Y SU PRIMERA OBRA

En la casa número 11 de la Tornería, la que hace esquina a la plaza del Clavo; hoy modificada como el nombre de sus calles; y en la habitación de la extrema izquierda que tiene un balcón a la mencionada plaza, y que era mirador en el año de 1851, nació en el 9 de Enero, el que andando el tiempo llegó a ser ilustre y virtuoso Jesuita, P. Luis Coloma.

Era hijo de la segunda mujer de don Ramón Coloma, doña Consuelo Roldán García, hacía el número 12 de los hijos de don Ramón, (nueve de la primera mujer) y fueron de hermanos hasta veinte y uno, (doce de la segunda.)

Era natural don Ramón Coloma del Puerto de Santa María de familia oriunda de Elda, descendiente en línea recta de don Juan Coloma, primer Conde de Elda, secretario de los Reyes Católicos.

Había nacido en Jerez y en el año de 1825, la señora doña Consuelo Roldán García, dama ilustre, de afable trato, de muy sentida modestia, dotada de aquellas raras cualidades que poseen contadísimas personas de su rango, porque su llaneza era natural de una alma noble y sencilla. Ella no se acordaba de su persona cuando hablaba con otra, fuera quien fuera. No reservaba la sincera espontaneidad de su carácter para sus iguales, sino que la prodigaba igualmente para los servidores y para los humildes.

Rara condición, repito, porque parece que tenemos un especial empeño en parecernos a esos muñecos que, tienen sus articulaciones dispuestas a moverse en el sentido de la cuerda que les une. Si la cuerda está tirante, bajamos la cabeza en señal de sumisión y de respeto a nuestros superiores, nuestra palabra se entorpece y nuestra razón se ofusca un poco. Si dejamos la cuerda en mayor libertad nuestra cabeza recobra la normal posición sobre sus hombros y entonces somos sinceros para nuestros iguales y dejamos libres nuestras nobles o malaventuradas condiciones. Y al dejar la cuerda floja, nuestra cabeza toma una inclinación hacia arriba, que no es del todo horizontal, para que tenga como espejo al cielo, sino que lo vemos como huído, de perfil, y nuestra voz no se oye claramente por la dirección que damos a las ondas sonoras, nuestros oídos tampoco perciben con distinción, algo así como un ruido que recuerda a la palabra, un murmullo semejante al del bosque, y un todo parecido al glú, glú de los pavos... Esta es nuestra postura de superiores o de superhombres. De los hermanos varones de nuestro biografiado únicamente vivía don Manuel, cuando dí mi conferencia, quien me ha distinguido con atenciones que nunca agradecí bastante, como la de confarme originales que conservaba de su hermano, escritos de su puño y letra y a que haré referencia a continuación.

La juventud de la buena sociedad jerezana de aquella época se educaba en el colegio del virtuoso sacerdote D. José Rincón y allí fué donde aprendió sus primeras letras el niño Luis. De sus travesuras de chiquillo, él, mejor que nadie, nos las refiere en el prólogo de su bellísima «Historia de un Cuento».

Un día, siendo ya mayorcito, después de haber abandonado la carrera de marino, que empezó a estudiar a los doce años en la Escuela Naval de San Fernando y próximo su viaje a Sevilla, donde de acuerdo con su familia, iría a estudiar la de Leyes, merodeaba por el cuarto oscuro, recordando los castigos que había sufrido allí encerrado por sus muchas travesuras. Y encontré,—dice,—en el último rincón de un desvencijado estante sin puertas, una empolvada colección de la «Democratice Pacifique», periódico que se publicaba en París,



allá por el año de cuarenta y tanto... En un boletín de tal diario, topéme con una interesante novelilla que devoré en el acto, sin salir de allí, de una sola sentada. Titulábase:—«Si les ricos savaient.» Y era una sencilla historieta de marcadísimo sabor revolucionario socialista, en que los ricos, aparecían siempre como verdugos y los pobres como víctimas explotadas

su acción muy dramática y con verosímil y sobria sencillez expuesta, se desarrollaba a la luz del más desconsolador ateísmo, y su protagonista Jacobito, niño de pocos años, perecía trágicamente con su madre en la negra desesperación que estas ideas traen consigo

«Entonces nació en mí, aquella idea extravagante. Traduje la obrilla —no mal por cierto— y conservando la misma acción y los mismos personajes, híceles hablar y obrar no como empedernidos ateos, sino como fervorosos católicos, llegando así lógica y verosimilmente a un natural desenlace, no impío y desesperado, sino consolador y cristiano, y trocando por ende la obrilla, sin perder nada de interés, de impía y revolucionaria, en religiosa y moralizadora. «Quedé tan satisfecho de mi obra que llegué a creerla de mi propiedad absoluta, corregila cuidadosamente, maticela con bellísimos y oportunos pensamientos de Fernán Caballero...» «Rebauticé mi engendro con el título de «Todos lloran—Contrastes de la vida...» y ya juzgué con todo esto a Periquillo hecho fraile, lista y compuesta mi primera obra literaria, cuyo análisis químico podría reducirse a esta fórmula: 2/3 de Democracia Pacífica; 2/5 de Fernán Caballero, 1/5 de buen deseo y habilidad en que resolví yo y convertí en una sola sustancia, todo aquel conjunto de sustancias heterogéneas.»

## SU ESTANCIA EN SEVILLA

Aquel mismo año llega a Sevilla nuestro novel estudiante en Leyes, guardando cuidadosamente en el bolsillo sus «CONTRASTES DE LA VIDA» dispuesto a que le sirviera de presentación a su Maestro Fernán Caballero, prefiriendo de este modo darse a conocer por sí mismo que por los amigos de su familia que lo eran también de la eminente escritora.

«Y no bien hubo llegado a la famosa capital andaluza, —nos refiere— apresuráme a enviar a Fernán el manuscrito, con una respetuosa carta en la que le suplicaba pasase los ojos por aquella humilde obrilla, que un novel escritor le dedicaba.»

«No se hizo esperar la respuesta de Fernán y pocos días despues recibí una carta dándome las gracias y aceptando la dedicatoria de «TODOS LLORAN»...

Ofrecíame su casa y su amistad y con muy fina delicadeza indicábame que tendría mucho gusto en conocerme... Esto era lo que yo esperaba y hondamente emocionado hice mis preparativos para la ansiada visita»

De esta manera empezó la íntima y cariñosa amistad que, no obstante la enorme diferencia de edades le unió con Fernán Caballero desde entonces hasta su muerte.

Yo me permito recomendar a mis oyentes, señoras y señores, que no hayáis leído los «RECUERDOS DE FERNÁN CABALLERO» a que los leáis, porque al par que encontraréis la vida del P. Coloma durante sus primeros veinte y cinco años, que fueron los que anduvo por el mundo, narrados de una manera encantadora, sencilla, como charla de familia, hallaréis a la mujer ideal, que algunos bien orientados feministas, trabajan por hacer converger en el sagrado hogar del hombre.

M a n u e l      C H A C Ó N      S Á N C H E Z

(Proseguirá)



# SEMBLANZA VISIONARIA DE SAN JUAN DE SAHAGUN

Para Adriano del Valle santón iluminado  
y poético del mediodía, en un zodiaco ín-  
timo de marismas y juncias.



N monasterio edificado sobre la sangre de mártires. Sahagún. Un monasterio benedictino hecho sobre pilares de invasiones, con donativos espléndidos de reyes. Yuste de Fernando I, cárcel voluntaria de Alfonso VI, Felipe II tiene un día al subir a la capilla mayor envidia de su Escorial, maravilla del mundo.

Enraizado a sus muros nace Juan de Sahagún, santo hispánico. En la familia hay un árbol genealógico de raíces hondísimas. De rama a rama nace un río cálido de santidad inigualable. Es una especie de inspiración secreta a través de un linaje heroico de virreyes, arzobispos y santos.

Tengo delante de mí un libro de cerca de cinco siglos. Con esa palidez cerea de los códices viejos.

«la descendencia tiene que ir de varón en varón, es a saber, que se le ha de conservar en obras varoniles, y no afeminadas, porque entrado mujer en ella, que es flaqueza, corre grave peligro de bastardear» dice en él Don Artal de Aragón, Conde de Sástago, religioso de la tercera orden de San Francisco a su hijo Don Martín de Alagún, de la cámara del Príncipe, Nuestro Señor.



POR el balcón volado el campo tiende su llamada heráldica. Cantan las niñas en la calle. En el portal enorme de la hospedería charlan rufianes y pícaros de novelas, al relente del sueño. Un murciélago cruje las alas negras sobre un blasón de piedra con los cuarteles petrificados de espanto. Sahagún debió ser un pueblo hosco, terrible, lleno de conventos y de górgolas



misteriosas. En el monasterio hay una historia emparedada en cada sepulcro y las pelucas doradas de cuatro reinas duermen juntas debajo de la misma losa marital, Barba Azul generoso y español que se enterrara con sus víctimas. Como es muy de noche no se distinguen las imágenes de los retablos, pero los Cristos deben tener esa sequedad apergaminada de las tablas primitivas, donde las heridas parecen pintadas con el escorzo trágico del dolor en batalla. Hay un silencio total, amomiado. Decidme ¿en Castilla nace o vive el silencio?

Sahagún. Cantan campanas benedictinas. Aquí, en Castilla hasta la noche es santa y viene vestida con un burdo sayal de penitencia. Ahora, andarán los fabulosos lobos medievales arrancando hambre a la nieve de los bosques. ¡Acurrúcate bien contra la hoguera! San Juan está en su celda, sola, frente a la noche, con las manos amoratadas de frío.

Sahagún rodeado de niebla. Carrascales de sauce, de roble, de laurel, de lóbregos árboles feudales. Y un camino de álamos negros que la abulilla compone de memoria en las tardes grises del Invierno.



AN Juan vive primero un periodo de vida eremitica, en preparación, antes de lanzarse. Es algo así como la táctica de la ascética, como el desierto y la oración de nuestros místicos. Castilla es un Sahara en potencia, un Sahara desnudo lleno de colegiatas, campanas y bandadas de vencejos.

En la soledad, San Juan se vá esculpiendo poco a poco, temple de retablo. Se azota el cuerpo con los mimbres del Tormes y el ayuno le ahueca las cuencas de los ojos con esa tisis escultural de las imágenes talladas en vida. Una madrugada San Juan siente rugir la catarata ardiente de la elocuencia. Es como un vómito de fé. San Juan se levanta temprano y va a hablar a la Iglesia. Desde aquel día Juan tiene el milagro de la palabra. Ese milagro desconocido, astral para nosotros los hombres de hoy que debió hacer levantar las piedras y brotar el agua del granito. Bíblicamente. En una tierra árida, hecha para la fé, donde las palabras debían encenderse como fuegos de San Telmo teológicos. Y donde las gentes escuchaban ateridas de rezo y penitencias.



ON sus grandes barbas proféticas, San Juan tiene esa vehemencia temperamental, ese ardoroso fanatismo de toda Castilla. Hay en él una oscura haliografía de santidad, todo un santoral de varones dormidos en tumbas de piedra. Es algo así como la antología inicial de un nuevo mundo por venir, como un San Gabriel barbudo, visigótico, leonés, de la clara Anunciación de América. Cuando la lujuria carnal de la canela llega a Burgos, San Juan de Sahagún ha capitaneado la ofensiva de ascetas y a América se man-



dan virreyes enlutados y duros misioneros acostumbrados a dormir en una tarima de alerce. Casi desapercibido San Juan se nos va de las manos. Pero en justicia San Juan posee una jerarquía inolvidable en la muda sombra, nocturna, diluida de apóstoles hispánicos. La tentación del nuevo mundo llega cuando él está en éxtasis perpetuo en todos los conventos de Salamanca.

El exemplario de su vida tiende a esta fé fanática, genial, agresiva. Una fé que salta las montañas. Fé capaz de desandar el mar de los Sargazos y meter la presencia sutil y femenina de la rosa de los vientos en esa máquina pneumática, vacía del mundo, de una celda conventual

Una noche cerca de la ruta del Cid asaltan soldados mercenarios la santidad erguida. Su compañero huye. El fraile humilde dice entonces esas palabras que corren incendiando toda nuestra historia vital, y que ahora hacemos desenterrar cuando estaban contra nosotros las gentes de la tierra. Y el oro Y los tanques. «No tengas cuidado hermano que si Dios está con nosotros ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni un cabello de la cabeza.»



PORQUE es capitán de adelantados españoles San Juan de Sahagún nace para la unidad. El habla mejor dicho ese milagro español, substancialmente español de la unidad que luego iba a repetir Isabel en Medina del Campo. Una fé impulsiva le arrastra. Es el milagro del Espíritu Santo que hace arder corazones yertos.

En la plaza Mayor de Salamanca. En Salamanca hay cien casas hoscas, con las puertas cerradas, con un escalofrío en cada nombre. La Casa de la Muerte, de la Cadena, de los Corrales, de la Tierra, de las Conchas.

Se vive ese minuto caótico de las germanías, de las merindades alzadas, de las minúsculas rencillas locales. Doña María la Brava de Monroy entra un atardecer suelta las riendas del caballo, con las cabezas de sus enemigos prendidas en las lanzas. Chisporrotean hogueras en las calles y al amanecer se lucha estremece-doramente. La ciudad se ha escindido para siempre. La mujer atisba rezando rosarios de ásperas cuentas de madera de boj la vuelta del hombre. Se oyen las rondas de la justicia pasear la calle. Cuando el reloj emprende otra vez su caminata la sangre empapa las baldosas llenas de rocío, ese rocío rubio de las piedras. San Juan se presenta una tarde en Salamanca. En la iglesia de San Sebastián, firme contra todas las flechas de la maldiciencia, el fraile campesino habla del odio, de la ira y de la venganza. Las naves de la iglesia tiemblan con aquella voz seca, entrañable, tersa y sobria, como purificada en abstinencias. Las cabezas más altas se bajan.

Es la voz de Dios, gritan las campanas escolásticas de San Julián. La voz de Dios en la ciudad. Escuchad bien. No la Paz. Sino la Unidad. Una unidad de familia, de hogar y de blasón. Para que los segundones sigan embarcándose a las Indias y las esposas esperen un hijo aventurero en un parto obscuro, sin gritos, fantasmal, a la hora vidriosa del amanecer, cuando se oye toser entre las rendijas del sueño a los hidalgos que van a la misa del alba.





XISTE una obsesión fluvial en toda nuestra mística. San Juan de la Cruz se salva de pequeño de un pozo sin brocal «caí en el calor del juego y obtuve auxilio de la Virgen.» Juan de Sahagún se hunde en el río y sale de las aguas sin mojarse siquiera. Es casi la atracción vitanda, sutil de una lección en potencia, perpetua. Precisamente porque nuestra historia está encarcelada entre ríos y tenemos campo de batallas en el Tajo y el Ebro, ríos batalladores por excelencia; nuestra vida mística está presa también entre las orillas académicas del Tormes y el agua ceniza y lívida del Adaja. El Adaja brota de la Torre de San Vicente de Avila y gasta su tiempo en enviar matemáticamente telegramas de espíritu al mundo abotargado.

El Tormes posee cuatro dimensiones como las tarimas profesoras. Desde aquella orilla unamunesca, soleada, Salamanca traza el escorzo de su puente romano de 26 arcos a la caza gentil de las torres universitarias. Río de cuatrivium y latines. Con orillas de geometría y tablas aristotélicas. Hay una imprecación honda, tremenda contra los estériles de la tierra en esta vena fluvial, plateada de ciudad a ciudad, de río a río. El Tormes encajonado en aulas rompe un día estudios celestes y corre por esas vacaciones turbia de las dehesas llenas de toros bravos y telares campesinos de paño. Y una moza garrida en un cortijo andaluz, disfrazado, pasado por lluvia, con un sol de oro antiguo, sol castellano de Fray Luis de Granada.

«El sol no tiene quien lo mire sino cuando se eclipsa» dijo de él en la Guía de Pecadores.



AN Juan muere castellanamente. Una mujer lo envenena por hablar contra la lujuria. Como San Juan Bautista su fin está prendido en esa raya morbosa de las complacencias, cuando Salomé atisba detrás de cada ojo femenino.

Juan Bautista debió ser Español. De Burgos. Presintiendo este ramalazo hispánico todos nuestros ascetas escriben sobre su figura árida, aganotada de heroísmos, con su voz desértica bravia en una corte tapizada de damascos rojos y de piernas desnudas de tanagras.

Tratado de San Juan Evangelista de Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel. Vida de San Juan Bautista de Fray Diego de Estella. Y Fray Ambrosio de Montesinos.

J o s é  
D E L A S  
C U E V A S



# Historia del buen Rey Totem

## (FRAGMENTO PALEOLITICO)

Os voy a contar algo de la historia del buen Rey Totem, tal como he podido descifrarla en una piedra de la edad paleolítica. Está llena de provechosas enseñanzas sobre los orígenes de muchas cosas.

.....

Totem, hombre membrudo, de lengua y áspera barba, había clavado en el suelo cuatro estacas, y, dentro, a la sombra de una piel de *mamuth*, había metido un cántaro y una mujer. Como Totem poseía una enorme hacha de sílex, nadie se atrevía a acercarse al sombrajo que había formado con la piel y las estacas. Totem era, pues, propietario.

El título de su propiedad era el hacha de sílex. Sólo un día, un atrevido osó asomar las narices al sombrajo de Totem; pero éste, empuñando su hacha, con un gesto solemne, le partió en dos la cabeza. De este modo Totem asentó su dominio con perjuicio de tercero; puede considerarse, pues, este gesto histórico como el origen de los Registros de la Propiedad.

Desde que los demás hombres paleolíticos, que eran muy brutos, pero no tanto como Totem, vieron la facilidad con que el hacha de éste abría las cabezas, sintieron gran admiración y respeto por aquel hacha, y la consideraron como un cetro; de este modo Totem fué proclamado Rey.

El reinado de Totem fué próspero. Antes había sido un salteador y forajido, que, abusando de su superioridad física, robaba los rebezos y las cabras que los otros hombres tenían para su sustento. Ahora, no; ahora era el Rey, padre de todo, querido y venerado de sus súbditos, que le llevaban, como tributo, sus cabras y sus rebezos.

Pero sucedió que, entre sus súbditos, había uno que no estaba contento con él. Era Menoch, el hombre de más fuerza y el mejor esgrimidor del hacha después de Totem.

La lengua era entonces monosilábica, y Menoch tenía un precioso don: sabía decir sus monosílabos con más rapidez y gracia que nadie; además, su voz era sonora, y acompañaba su lenguaje de gestos rítmicos y melodiosos, que hacían balancearse con gracia los rabos de las pieles de reno de que estaba vestido. Para la muchedumbre era, pues, incuestionable que las cosas que decía Menoch eran sabias y verdaderas.

Menoch, pues, reunió un día a la muchedumbre en una pradera florida, y, con voz sonora, le preguntó que por qué razón habían de llevar a Totem sus cabras y sus rebezos. La muchedumbre aseguró que realmente no había razón alguna para ello. Entonces Menoch dijo: ¡Aplastemos a Totem!, y con la mano derecha se golpeó sobre la izquierda, como si realmente aplastara y triturara a Totem entre ellas. La muchedumbre repitió con entusiasmo este gesto inspirado, y en



la pradera se produjo un prolongado ruido de chocar de manos. Fué la primera ovación.

En seguida, todos, con Menoch, a la cabeza, marcharon hacia el sombrero de Totem. Para que anduvieran más de prisa, Menoch, que poseía la intuición de la música, empezó a tararear una tocata improvisada con compás de dos por cuatro. Al oír aquel compás fácil y pegajoso, las piernas de los paleolíticos empezaron a inquietarse, y un momento después, adaptándose a la música, la turba marchaba rápida y alegre. Desde aquel momento empezó la influencia de los pasodobles sobre la Humanidad, que ha sido muy trascendental y decisiva. Gracias a los pasodobles, la Humanidad se ha conducido dócilmente, siempre que ha hecho falta, a la muerte, a la ruina y a todos los absurdos.

Coreando la voz sonora del rebelde Menoch, la turba cantaba hasta enronquecer: ¡Vamos allá! ¡Vamos! ¡Vamos, pues...! Y los que se encontraban por el camino, que no habían estado en la reunión de la pradera, se unían entusiasmados al grupo, cantando nerviosamente: ¡Vamos! ¡Vamos! Y luego, por lo bajo, preguntaban al que estaba más cerca: ¿Adónde vamos?

De este modo llegaron al sombrero de Totem, que estaba allí con su mujer y su hacha de sílex, comiendo sus rebezos y sus cabras asadas con lechugas. Con un agudo alarido, la turba irrumpió en él violentamente. Pero, al verse dentro de la mansión real, la muchedumbre se olvidó de Totem, y se echó ávidamente sobre la mujer, las cabras, los rebezos y las lechugas. Y como eran muchos y corto el botín, empezaron a disputárselos unos a otros, armando entre ellos una tremenda batalla, y dejando a Menoch, a pesar de los gritos que daba, completamente solo frente a Totem. El cual, en un momento, lo agarró por el cuello y lo estranguló.

Entonces, al ver a Menoch en el suelo, tendido y con la lengua fuera, la muchedumbre comprendió que era un impostor, y mientras unos huían, otros se prosternaban en tierra, gritando: ¡Viva Totem!

Pero Totem, con un gesto grave y majestuoso, impuso silencio: En vista de lo ocurrido—dijo en secos monosílabos—, no quiero reinar contra la voluntad de mi pueblo. Entramos en tiempos nuevos. He de investigar esa voluntad. Id a la ribera del río: allí hay guijarros blancos y negros. Los blancos quieren decir que me aceptan; los negros, que me rechazan. Tome cada uno su guijarro y échelo secretamente en esta piel de toro. Luego haremos el recuento y obedeceré. La muchedumbre, dando berridos de alegría, al sentirse soberana, fué y vino rápidamente al río y depositó sus secretos guijarros en la piel de toro. En seguida Totem vació la piel de toro. Una pila de guijarros negros, donde apenas se ahogaba alguno blanco, se desparramó sobre el suelo.

Entonces Totem se irguió ante la muchedumbre, empuñando su hacha de sílex, y con voz atronadora, exclamó: Decidme, ¿qué color domina?

Y, como una sola voz, la muchedumbre, sobrecogida, gritó unánimemente: ¡El blanco, Señor, el blanco!

Entonces Totem, sonriendo paternalmente, dió las gracias y quedó investido de la soberanía popular.

Y en seguida Totem, como Soberano de un Gobierno popular, inició su reinado con actos liberales y progresivos. No os he de exigir—les dijo—bárbaramente,



como antes, que me déis vuestras cabras y vuestros rebezos, no; comprendo que esto es feo e impropio de estos tiempos adelantados, que se han iniciado con vuestra gloriosa iniciativa. Me someto, pues, al cambio mutuo.

Y diciendo esto, llamó a uno de sus subditos y le preguntó:—A ver, hijo mío, ¿qué quieres por tus cabras?

Y el otro, que era goloso, contestó: Cocos, señor.

—Está bien—prosiguió el Rey—; dame tus cabras y yo te daré ese saco que está lleno de cocos.

Así se convino aquel mutuo cambio. En seguida, el súbdito trató el cambio de los cocos que el Rey le había de dar por unas piñas que tenía un compañero; éste, a su vez, los cambió por una cántara de miel que tenía otro, y así se hicieron, entre unos y otros, mil contratos de cambios, a base del saco de cocos que el Rey le ofreció al primero.

Pero cuando éste fué a cobrar del Rey los cocos prometidos, el Rey le abrió el saco, que resultó estar completamente vacío, y le dijo paternalmente:—Ahí tienes los cocos hijito.

El súbdito y los demás que habían contratado se quedaron perplejos ante el saco vacío, y empezaron a mirarse unos a otros, con ceño torvo. Pero, de pronto, el primero comprendió que de proclamar la verdad perdería sus piñas, y el segundo su cantara de miel, y así sucesivamente. Entonces el primero, mirando el saco vacío, exclamó: ¡Oh, mirad que hermosos cocos! Y todos fueron repitiendo con fervor: ¡Cocos hermosos! ¡Admirables cocos!

Y de este modo todo el país contrató, cambió y atendió a sus necesitados, gracias a los cocos imaginarios del buen Rey Totem. Como veis Totem fué el inventor del crédito.

En ese punto está rota la piedra milenaria que nos da tan interesantes noticias. Es gran lástima, porque, como habréis notado, íbamos viendo avanzar ya la Humanidad y entrar en la civilización. Hemos asistido al origen de la oratoria, de los Gobiernos populares, del sufragio, del crédito y de mil cosas progresivas y trascendentales; y, de seguir, hubiéramos presenciado el origen de toda la civilización.

Cierto que, como veis, todo ello se resiente un poco de su origen. Pero no importa; a medida que la Humanidad se aparta de ello, todo se va olvidando y todo va bien como va. El secreto está en aceptar las cosas dócilmente y no preocuparse mucho de los orígenes y de los porqués. Y ante los sacos vacíos que se nos presentan cada día, continuar, en bien de todos, la farsa, y decir, como el pueblo sumiso del buen Rey Totem: ¡Oh, hermosos cocos! ¡Cocos admirables!

J o s é  
M A R Í A  
P E M Á N



## Notas en azul

¡Azul! Hermoso, claro y fino color, como esas últimas horas de la tarde, cuando el sol deja caer sus rayos tendidos sobre la bahía...

Tiene todo un tinte pálido y vivo a la vez, azul claro, amarillo y malva...

Son claras las aguas y vivo fuego los islotes y acantilados, y malva y rosa, mediterráneo, la montaña de enfrente que se adentra en el mar como una aguja; y el aire y la luna naciente, son de un tono suave y ardiente como una caricia...

¡Azul!

Pero yo no quiero hablar hoy de nada trascendente.

No quiero escribir sobre doctrinas ni sobre programas, ni de grandes hechos ni de grandes ideas...

Mas por otra parte: ¿hay algo que no sea trascendente?

¿Hay algo más definitivo, importante y bello que las pequeñas grandes cosas?

¿De qué escribo? ¿De qué hablo?

Dejemos correr las cosas... «Las cosas»... He aquí algo definitivo. Tan definitivo como nosotros mismos. Son la otra mitad del mundo. Nuestro yo y las cosas... Y los demás hombres también. Vamos a dejarlos que anden a nuestro alrededor...

Vamos a ponernos como espectadores y ver qué nos dice «lo que nos rodea»... y qué nos dice «a nosotros».

A ver qué nos dice la montaña y el mar, la tarde y la noche, la mañana... y ese niño pequeñito, rubio y tostado de sol y brisa, que veo todos los días en la playa.

¡Qué goce más sencillo, transparente y puro el de un niño que juega con la arena y las olas tranquilas!

Miradlo, todo desnudo, iluminado por el brillo del agua salina en su cuerpo de color de pan recién salido del horno, pero iluminado más que nada por esa risa, abierta y movida, alegre por encima de todas las alegrías, que sale de su boca pequeñita y rosada... Corre y cae. Se levanta y salta. De la arena al agua y del agua a la arena... Es como si tuviera unas alas finas e invisibles que lo llevan y lo traen.

Miradlo en el agua riendo, siempre, siempre; y las gotas de agua que levanta en su manoteo le acompañan en la risa de todo su cuerpo y de su alma que le sale y le asoma a sus ojos azules clarísimos... Ahora sale y se tiende en la arena, hacia el sol que le mira de plano y no sabe si dejarlo allí o llevárselo volando en brazos del aire de oro y cristal del mediodía.

No hay nada comparable a este espectáculo, simple e inmanente, sin motivo ni fin del niño que juega en la playa.

Está sólo. ¿Qué piensa? ¿Qué infinito placer es el suyo, que hace que todo su ser sea una pura sonrisa?

Yo creo que el niño se mira a sí mismo en su goce espontáneo y tranquilo. El se sonríe y sonríe al viento y al sol. Y esa alegría purísima suya es tan limpia y sutil que todo lo que rodea está alegre también... y se siente niño.

Mirándolo, gozo con él, y soy un poco niño todas las mañanas al verlo jugar. Mi alma se aligera. No pesan en mí ni los años ni la íntima tragedia que hay en cada hombre. Y él sin hablarnos nada, sólo con la presencia, nos dice mil cosas de la vida, despierta un cúmulo de sensaciones dispares, pero impregnadas todas ellas de suavidad.

El nos habla de la vida en sí, pero también del destino y la misión que la vida al ser vi-



vida ha de cumplir. Y nos habla del volúmen y la gracia, de Rubens y Sorolla, de la simpatía y de ese encanto supremo de las cosas de las cuales la Biblia, con ese estilo tan ingenuo y tan suyo, nos dice al final de cada uno de los días de la Creación, que Dios las hizo y vió que estaban bien.

El nos dice mil cosas distintas cada día y cada momento que le vemos.

Las cosas... Los hombres. Todo nos habla calladamente o a gritos, según la circunstancia. Mas he aquí que hay muchos a los que muchas cosas y ciertos hechos nada le dicen. Hay individuos para los cuales la mitad del mundo nada es y otros que no son nada para el mundo, ya sea porque se encierran en su mundo pequeñito y limitado o porque su yo no existe.

No vive,—porque ese modo de ser no es vivir—, el que sólo ve la oficina o su casa, la mujer o el campo, el cuartel o la calle exclusivamente, etc., etc. Y nada que sea distinto de lo que constituye su pequeño mundo le dice algo, ni le exalta el alma y el cuerpo. Sólo habla de lo suyo, su yo cerrado se forma «su cosa», y por formársela él mismo se encuentra sobrado y nada se exige.

No vive tampoco, —porque tampoco es vivir esa manera de ser—, el que se da todo a las cosas, a la vida, sin reservas, sencillamente porque él mismo no es nada. Se confunde con las cosas y a todas ellas les dice sin ver el efecto que hacen dentro de él: ¡Sí, sí!, o, ¡No, no!

Y así, el hombre impermeable y el de la cabeza a pájaros, viven, sin vivirla, su vida fácil y llana; y a estos hombres, o bien solamente algunas cosas les hablan o todo les habla pero de nada se enteran.

¡Qué desgracia esta y qué dicha la de aquellos llenos de inquietud del mundo y de sí mismos! Quererlo todo en plenitud amorosa, ser sensible a toda realidad y ver en cada una de esas realidades que se nos presenta delante un motivo de goce o sufrimiento, —¡lo mismo da!—, ya que si la alegría es el arte, como dice Kingsley Porter, también la tristeza, según Byron, es la mitad de la inmortalidad.

Un yo amplio y un mundo amplio; quererlo todo, cada cosa en sí y por su destino, y que cada pequeña o grande cosa,—que todo vale cuando se tiene un alma fina—, sea un motivo de vida intensa.

Y el que es capaz de vida intensa es también el único capaz de entregarla en sacrificio voluntario para el cumplimiento de un destino.

.....  
¡Azul! Hermoso, claro y fino color, como esas últimas horas de la tarde, cuando el sol deja caer sus rayos tendidos sobre la bahía...

J O S É      M A R Í A      H E R N Á N D E Z - R U B I O

Alhucemas.

## **SEÑAL**

España quiere ser nación de nuevo. Pero para pasar a un nuevo ideal de sobrenación. Para afiliarse a un gran servicio humano, ecuménico, y—por tanto—divino.

JIMÉNEZ CABALLERO



## *La mano extendida*

Y la mano, vacilante y descarnada, se extendió al paso de los viandantes en la acera.

Tenía la calle, la rútila claridad de los bellos atardeceres, con rumores y brisas de lejanías, y allá arriba, las nubes cual niveos recentales, contemplaban el espectáculo grandioso de un sol, que iniciaba esa lenta agonía de los santos varones, que mueren de inanición sin púrpura y sin grandeza.

Las esquinas doblaban su angustia de cal en sus hombros, y en el suelo callado, las hormigas bordaban un río de afanes y calma.

Empezaban a guiñar nerviosamente unas estrellas, y la paz vespertina era turbada solamente, por la música rubia de unos niños que jugaban al corro, entonando una bella canción de una princesa muerta y un dragón invencible, orlando el panorama de un romántico ambiente de leyenda...

Pasaban unas mocitas con talles de mimbre y cabelleras de azabache, recogiendo en las tinieblas de sus miradas el cálido balanceo de un madrigal de oro. En las viejas fuentes de tranquila linfa, los cisnes de leyenda blanca, rizaban extáticos, un poema de nieve con sus cuellos de versos combados...

Todo era paz y sosiego, en el fresco expirar de esta tarde evocadora. El sueño de las culatas, ponía un tono de confianza en esta magna serenidad tan dilatada. Y sin embargo, aquella mano huesuda y temblorosa, que se extendía al paso de los transeúntes, era el único motivo que ponía un matiz de tristeza ante tanta belleza. Una mano arrecida y amoratada que hablaba de miserias y de dolores, y que en su rígida extensión, parecía señalar implacablemente la ruta siniestra de los destinos fatales.

No bastaban las caricias del aire con ternuras de mujer, ni el encanto de los niños con sus risas, que parecían de cristal al desgranarse en un ambiente tan diáfano, ni el triunfo de la luna, que ya se remontaba altiva, cual un alfange rojizo, que en titánica lucha hubiese decapitado al sol.

Aquella mano que temblaba al pedir, tenía tal fuerza en su desolada misión, que bastaba ella sola con sus tintes violáceos, para entristecer aquel cuadro que presentaba los bellos coloridos de una acuarela inmortal...

Y era, porque el brazo al extenderse, abría ante el mundo las páginas sangrantes de una historia de miserias y de pesares, y el ambiente se cargaba con la triste pesadumbre de los dolores ajenos. Era el dolor de las razas y de los pueblos de cientos de generaciones, acumulados por los siglos, en su marcha interminable por el incierto sendero de la Vida...

Azares turbulentos, vivires agitados, juventudes perdidas con existencias esclavizadas, estaban sintetizados allí, en la expresión dolorosa de la mano, que invocando a la más sublime figura de la Historia, se extendía con temblores en la acera. Era el horror del mundo, con sus vicios y sus miserias, mostrándose sarcásticamente cruel, en aquella mano lacerada.



Mano, que tal vez sabría del inefable gozo de las caricias y del brillo esplendoroso de las joya; del olor incitante de los perfumes y las cálidas ternuras de los besos... Mano que habría sido cruel o amante, libertadora o tirana, pero que abierta y extendida horizontalmente en la calle, tenía la honda expresión dramática de la miseria, frente a la Vida altiva y caprichosa.

Y el brillo del paisaje, se empañó un poco con la escena del brazo recto, al paso de los viandantes en la acera.

Seguían los niños jugando al corro, y en la canción del viento que rizaba sus crenchas, las horas bebían voces de metal en campanarios azules...

Un soplo de poesía y sublimidad, abrazaba el talle ambarino de la tarde, y en felices desposorios sobre blanduras de mar en calma, se firmaba una honda emotividad, con arrullos de cristal y trinos de fantasía.

¡Serenidades de nostalgias inspiradoras llenando los pensamientos de suaves rumores evocadores! Tranquilidad en las almas y en las cosas.

Las horas se desgranaban sutilmente, y la mano extendida quedó allí, incansable, fría, imponente e inmutable, cual si estuviera acusando implacablemente de todas estas culpas de la Tierra, a la Naturaleza Madre, que a pesar de ser tan sabia y tan grandiosa, había cometido también el enorme desacierto, de crear con tanta prodigalidad, las miserias, los dolores y los vicios...

P r a g m a c i o                      S A L G A D O

## *Balcón de las Revistas*

Hemos recibido el número 9 de la gran revista brasileña de cultura, «Tradição», que se edita en la bella ciudad de Recife, bajo la dirección inteligente del escritor Guillermo Martínez Auler.

El número de Febrero publica ensayos, artículos y críticas del director, Henri Bertrand-Texier, José Yanguas Messia, Jean Pierre Maxeuce, Jordao Emerenciano, Murillo Guimarães, Mario Pinto de Campos, Sergio Higino, Sebastião Paganó y Víctor de la Fortelle.

También inserta fotografías de Sus Altezas Reales las princesas Isabel de Orleans-Braganza y María Elisabet de Witelsbach Braganza; además de la correspondiente crónica de libros, que registra los siguientes títulos recientes: «Sonetos do Imperador», por Leonel Fontaura; «Correspondencia», de Jacson de Figueirêdo; «São Tomaz de Aquino», por João Ameal y «L'expérience socialiste du F. J. Roosevelt», por G. Ollivier.



«Tradição» publica un interesante suplemento popular dedicado a combatir en forma correcta y amena a los judíos, a la masonería y al comunismo.

«Gil Vicente» es otra buena revista literaria, portuguesa ésta, artística y de exaltación nacionalista, que dirigen en la ciudad de Guimarães los literatos José Ferrão y Manuel Alves Oliveira.

Enfoca en todos sus números el problema de la cultura nacional, problema primordial para los pueblos, toda vez que las izquierdas revolucionarias-masónico-judeo-comunistas pretendieron durante algún tiempo monopolizar la inteligencia, como si fuera un atributo inherente a las ideas antinacionales.

«Gil Vicente» es una interesante y docta publicación literaria, que en todos sus números nos muestra la riqueza intelectual de la gran nación hermana.

«Todo a América» es una excelentísima revista paraguaya de 144 páginas, dirigida por el escritor Silvio Julio, que edita la Legación del Paraguay en Río de Janeiro.

Es una publicación bimensual, de texto variadísimo, destinada a exponer en América entera el movimiento literario del Brasil y en el Brasil la actualidad literaria de Hispano-América.

Las firmas más prestigiosas del Nuevo Continente colaboran en ella, en todos los sentidos del arte, de la literatura, de la poesía y de la crítica.

«Les Nouvelles Lettres», de París (13, rue de Savoie), ha lanzado su primer cuaderno. Dirigida por Le Lonët, esta revista juvenil puede llegar a ser el órgano de toda una generación poética y literaria, dispersa en el momento actual en Francia hasta la fecha.

Algunas firmas consagradas les sirven de faros y de meta.

A su lado, todo un equipo de jóvenes poetas y de ensayistas, donde el mérito pone ya aspectos notables: Lacôte, Silvaire, Marc, Vagne, D'Astorg y el conocido Le Lonët.

«Le Mercure des Jennes», editado en Narbona (Francia), 35 boulevard Gambetta; lanza un primer número demasiado pretencioso y voluminoso, aunque con no mucho interés. Fuera del ensayo «Jeunesse sas flamme», de F. Henry, y de los poemas de Lebeagne.

«Tribuna 38», editada (11, rue Fontaine d'Amour) en Bruselas.

Contiene esta notable revista de la juventud belga muchos ensayos breves sobre Constant Burnieaux y buenos poemas de Gangotena, Gutiérrez, Sonia Vincent, Wenckers y, sobre todo, de Libbrecht. Presentación de un verdadero poeta: Geo Francis.

J o s é       S A N Z       Y       D Í A Z



# UNA VENTANITA

La vieja ciudad ha quedado para siempre fija en su fisonomía romántica, en una fotografía de Laurent. Hay un reloj lejano en esta fotografía, en lo alto de una torre, que marca las diez y veinte. He aquí la eternización de un minuto. El tiempo, en un remanso, ha detenido su curso, y los objetos aparecen inmóviles, indiferentes a los acontecimientos, dispuestos a la contemplación futura. Toda la ciudad está en lo alto, y llegan a ella las carreteras en curvas, lazadas, pasando puentes de piedra, entre hoces de granito. Es una colina a la que se agarran las casas, y algunas vacilan sobre el abismo, en cuyo fondo verdean las huertas y afinan su perfil los álamos dorados. En lo alto de la colina, una iglesia románica, con esa vejez de piedra que ha tomado calidades de oro, y más abajo, los restos del castillo y de las murallas, que se desmoronan sobre una calzada romana. La ciudad tiene siete puertas, y en su escudo aparecen las siete llaves. Ya no hay nada que guardar, y las puertas se abren, trazando en el cielo un semicírculo de sombra. El objetivo fotográfico no ha eludido detalle, y las casas se aupan como en esos grupos en los que hay un hombre ilustre y todos los semblantes pugnan por hacer un acto de presencia. ¿Cuántas ventanas hay en esta ciudad? Ventanas abiertas, entreabiertas, cerradas... Ventanas alegres y tristes, oscuras y claras, mostrando harapos en una cuerda o flores en el alféizar, con visillos de encaje y con lienzos que la brisa abomba como velas del mar. Toda la ciudad aparece desierta, pero sus ventanas nos avisan de que hay en ella miles de ojos curiosos, vigilantes, atentos, meditativos... Ojos que contemplan, que espían, que esperan... Toda la vida de la ciudad palpita en estos miles de ventanas. Diríase que la fotografía no se ha propuesto perpetuar una ciudad, sino unas ventanas.

Yo estoy dentro de la ciudad, en una casa de la ciudad. Despacho reducido, con libros hasta el techo. La librería está pintada de verde, de



un verde rabioso, y los libros, con sus viejas encuadernaciones de piel y pergamino, gritan en su prisión con sus tejuelos dorados. El muro libre es de cal, muy blanco, y, sobre él, esta fotografía. Estoy dentro de la ciudad, en una casa de la ciudad, y contemplando esta fotografía, que ya amarillea como las hojas en otoño, me parece estar fuera, a distancia, y trato de descubrirme a mí mismo, en el interior de una casa. Esta pequeña estancia tiene una ventanita. Voy contando las ventanas en la fotografía, hasta encontrar, al fin, esta ventanita. Aquí está, minúscula, como un puntito; la reconozco, y me parece uno de esos retratos de niño que encontramos después de muchos años. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Setenta, ochenta años? Desde entonces, ¿qué sucesos han pasado por esta ventanita?

Y me aproximo a ella con cierta superstición. El paso de la fotografía a la realidad es para mí como un tránsito del sueño a la vigilia. Es como si tuviese miedo de ver todo el tiempo que ha pasado por delante de esta ventana. Los cristales un poco empolvados, dan al paisaje aspecto de cuadros de museo. Yo estoy ahora dentro de la fotografía, y me asomo a esta ventanita para descubrir desde ella el punto lejano donde un día se colocó el fotógrafo. Tan estoy dentro de la fotografía, que me siento un poco hombre de papel.

Mis ojos, de lo remoto, se van fijando en lo próximo. Ya del paisaje voy pasando a la ciudad, y entonces advierto que los hombres han precipitado la acción del tiempo. ¡Qué horror! Sobre estas ventanas de la ciudad pasó la guerra. Muros rasgados, tejados hundidos, torres vacilantes... Me aparto de la ventanita, consternado, y vuelvo los ojos a la vieja estampa, a aquella hora lejana, las diez y veinte, con sus miles de ventanas abiertas al paisaje, como si fuesen a ser eternas.

Francisco  
de COSSÍO

De A B C



# MANUEL

## CANCION POPULAR

### Recogida en Villaluenga del Rosario (Cádiz)

En el «Cancionero popular de Extremadura», de Bonifacio Gil, (Centro de Estudios extremeños, Badajoz), aparece recogida entre las canciones infantiles, una muy breve, titulada también «Manué», cuya música es bastante parecida a la que publicamos; e idéntica en sus primeros compases. En cuanto a la letra, basta y anodina, nada tiene ésta que ver, a pesar del título, con la recogida por nosotros, si no es por el estribillo; «alza la rama, la rama de «Lauré», su único trazo de belleza, y común, por lo demás, a otras canciones de diversas provincias españolas. A la belleza musical de la nuestra, únese un fino texto literario, de una encantadora y sencilla gracia popular.

P. P. C.

### MANUEL

—Si quieres que te lave,  
Manue'l pañuelo,  
llevámelo a mi casa,  
Manuel,  
ven por él luego,  
la rama del laurel,  
ven por él luego,  
mi bien.

—Ya tienes el pañuelo,  
Manuel, lavado;  
con sangré de mis venas,  
Manuel,  
lo he'njabonado,  
la rama del laurel,  
lo he'njabonado,  
mi bien.

—Si quieres que te planche,  
Manue'l pañuelo,  
llevámelo a mi casa, etc.

—Ya tienes el pañuelo,  
Manuel, planchado;  
con sangre de mis venas,  
Manuel,  
lo he rociado,  
la rama del laurel,  
lo he rociado,  
mi bien.



—Si quieres que te borde,  
Manue'l pañuelo,  
llevámelo a mi casa, etc.

—Ya tienes el pañuelo,  
Manuel, bordado,  
con sangre de mis venas,  
Manuel,  
lo he dibujado,  
la rama del laurel,  
lo he dibujado,  
mi bien.

**MANUEL**

*Allegro*

1<sup>a</sup> vez

2<sup>a</sup>

Si quie res que te la - ve Ma-nuel po - nés - lo. Si  
lo, lle - va-me-lo a mi ca - sa Ma-nuel, van por él lue - go, la ra-ma del lau-  
rel, van por él lue-go, mi bien.

La transcripción musical ha sido hecha por el maestro Alvarez Beigbeder.

Sólo ellas—Escuadras eternas de nuestros Caídos—pueden hablar y exigir; hablar de sed, de intemperie, de heroísmo, de la gloria difícil, de la serenidad de la Falange, que son ellos mismos, con sus cicatrices y su sangre.

Y nos pueden exigir milicia. Conducta militar. Espíritu, carne, voz y estilo de nuestra Falange.

IZURDIAGA

El genio de España volverá a renacer, ¡como un milagro! sobre vosotros, sobre la tierra de España. ¡Resucitando a España!

JIMÉNEZ CABALLERO

Ayuntamiento de Madrid



## *“Epifanía del Trabajo”*

Con el petróleo se ha operado una transformación en las industrias que genera el motor de explosión y principalmente, en el automovilismo y la aviación, factor importantísimo del progreso, completado con otra conquista más sorprendente aún: la conquista del aire, y la del elemento submarino por nuestro Isaac Peral. Las máquinas de hilar algodón y de tejer seda, los modernos «paquebotes» flotantes, los zeppelines del Dr. Eckener, el autogiro de nuestro malogrado La Cierwa, la fotografía, el cinematógrafo, la galvanoplastia y el huecograbado, los abonos químicos —moderna terapéutica del campo— las nuevas plantaciones arbóreas de las materias primas sintéticas de Australia... Y las Exposiciones Universales, nuevos mercados de la vulgarización de la industria de esta hora, culminantes con las de París y de Barcelona, la de 1888 y 1929.

A esto, hay que añadir la apertura de las grandes vías de comunicación como el canal de Panamá y el Estrecho de Suez, los grandes ferrocarriles transcontinentales, los proyectos de túneles submarinos ..

Malet dice: «El desarrollo de los medios de comunicación, es causa y consecuencia del maravilloso impulso de la industria en el último siglo. Todas las industrias antiguas, tales como el tejido, metalurgia, imprenta, etc. se han transformado y desarrollado prodigiosamente: el tejido, por la aplicación del vapor a los telares de hilar y tejer; la metalurgia por la sustitución del carbón vegetal y después, del coque, por la hulla en el tratamiento del mineral de hierro; por la invención del inglés Bessemer (1853), que permitió fabricar en gran escala y barato el acero, metal muy costoso hasta entonces; por la invención del martillo-pilón, que construyó en Creusot el Ingeniero Bourdón, (1841) y que permitió forjar enormes piezas metálicas; la imprenta, por el invento de nuevos procedimientos de fabricación de papel y por la invención de la prensa rotativa, debida a Marinoni y que permite tirar en una hora más ejemplares de un libro que se podían tirar en el siglo XVIII en cien días.»

El gas de alumbrado, los colorantes minerales, los productos farmacéuticos, la esencia de perfumería, los abonos químicos, el azúcar de remolacha, que data de 1819, y tantas y tantas invenciones del ingenio humano en cosas de importancia y de insignificante uso diario, tan común a nuestra convivencia y que cuesta trabajo pensar cómo se habrá desconocido hasta ahora, como son las cerillas, invención del siglo último.

Se nota singularmente que en ciento veinte años, los medios manuales del rendimiento y productividad trabajadora, como una consecuencia de la inquietud científica aplicada a la actividad laboriosa, han alcanzado un nivel de perfección y superioridad mayor que el conseguido en más de dos mil quinientos años, desde la prehistoria al principio del siglo XIX. Se deduce que la Humanidad está en el proceso más interesante de su desarrollo y en el instante de la cristalización de su madurez.

Nuestra España, gran crisol de nuestra Falange actual, con el nervio de sus gran-



dezas pasadas y sus virtudes presentes, que le han de dar energía, prerrogativas, santas prerrogativas de la actividad que es nuestro «Fuero del Trabajo», ha de estar despierta y animosa a los nuevos lubricantes de nuestro resurgir.

Campesinos de la esteva bendita de Tierra de Campos; pisadores del sabroso caldo de solera de los legares jerezanos; alfareros de Castilla; trilladores de la Mancha, navegantes, pescadores, horteros, mercaderes, confiteros, orfebres, anticuarios, panaderos, alarifes, metalúrgicos del gran clan ibérico; mano de obra de nuestra menestralía, de esta mesocracia española tan fecunda, despierta y con los brazos abiertos a este proceso sensacional de evolución y de progreso material de la Patria.

Sonoros en nuestros oídos los nombres de los diestros obreros que han hecho mundialmente notorio el velón de Lucena, el bargueño de Bargas, la miel de la Alcarria, la fresa de Aranjuez, la naranja valenciana, los vidrios de Cadalso, la cerámica de Ruiz de Luna...

La totalidad de la aptitud peninsular ibérica, hecha laboriosidad agrícola en los pazos gallegos, en las huertas murcianas y en los cortijos penibéticos; hecha modernidad utilitaria en los altos hornos vizcaínos, en las culebrinas y refinerías alcohólicas de Andalucía; en las fundiciones y metalurgías de Madrid y Barcelona y las pesquerías de la Andalucía marítima de las salinas y de los puertos, las fábricas de salazones y conservas, y las ubérrimas recolecciones de los bancales arroceros valencianos y plátanos canarios ensoñoreado del mercado de Europa...

Muchas veces hemos dicho nosotros: «¡España es lo mejor de Europa!» Y algunos perjuros extranjerizantes, se han sonreído. «¡España es lo mejor de Europa!», insistimos ahora; y nos congratula saber decir que las demás nacionalidades son minúsculas al lado de la nuestra.

Tenemos más poder espiritual que Inglaterra, más sentido colonizador que Francia, más robusta la energía de nuestra fé cristiana también. Somos de más población que los países nortños de Escandinavia; más extensos y con más población que los pueblos balkánicos y que las nuevas nacionalidades croato-eslovacas, con más salidas al mar que ninguna nación —salidas al mar de la civilización y al mar de la conquista— tenemos mejor clima que los países centrales; más sol y más luz que las ciudades andinas y carpáticas; tenemos más historia de renunciaciones gloriosas y de ciclos civilizadores; tenemos más foria temperamental que nadie en nuestras decisiones radicales; somos más románticos, más productores, más latinos, más egregios, más depurados de sangre: nuestras regiones son la unidad de lo ibérico, hecha riqueza regionalista en la unidad de Castilla, que fué la que nos alejó, con sus expulsiones, del mestizaje interno de otros pueblos: poseemos más capacidades materiales y más aptitudes temperamentales de superación y preeminencia que los demás Estados favorecidos en otros aspectos por la suerte; y si se nos ha llamado individualistas, somos pro-sélitos del individualismo europeo, creador de pugnas y guerras, pero sublimado y elevado a la categoría que nos hace sobresalientes y soberanos de una Superioridad indudable.

¡Actividad menestral y obrera del suelo y el solar español: a trabajar con ahinco por España, con Franco, bajo Franco, en pos de Franco. Caudillo nuestro em-



papado de las sendas épicas de España, émulo del Cid, galáico conterraneo de Santiago, que tiene prendida de la frente la estrella genial de la predestinación gloriosa—yugos y flechas católicos, con contornos precisos de Atlas tingitano, y perfiles firmes, augusto y señeros de la mejor orografía peninsular ibérica, de cuyas eminentes alturas ha nacido, gestado ya, este grito sublime que se concierta en los días de estos solsticios gloriosos con severas y roncadas voces de atavales triunfales y que dice así: «¡Arriba España!»

B e n j a m í n      R A M O S      G A R C Í A

## *Silueta*

¡Qué triste el paisaje,  
luto y oro viejo!

El sol que se extingue al fondo  
todo lo cubre de negro.

Llora la brisa en los árboles.  
Ahogado por el silencio  
de la tarde,  
muere el cantar del carrero  
sobre el camino dorado  
que va de la fuente al pueblo.

¡Qué triste el paisaje,  
luto y oro viejo!

Por los senderos del aire  
se adivina tu recuerdo:  
(Rojos torrentes de sangre  
se desbordan por el cielo.)

Todo se funde en la nada...  
todo lo invade el misterio...  
¡Todo muerto, y yo he quedado  
a solas con tu recuerdo!

¡Qué triste el paisaje,  
luto y oro viejo!

Jesús ALONSO Y ALONSO

Ayuntamiento de Madrid



# Antena Literaria

## AUTORES, OBRAS Y PREMIOS FRANCESES 1939

La Academia Francesa de la Lengua acaba de conceder el Gran Premio anual de Literatura 1939 a dos escritores jóvenes y de fama: a Jacques Boulenger, por el conjunto de su obra literaria, y a Antonio Saint Exupéry, por su bella novela «Terre des Hommes», que aún no conocemos.

Los demás Premios literarios del año fueron ya otorgados en París y hemos tenido tiempo de leer las obras que los merecieron, de las cuales, siquiera sea sucintamente, nos vamos a ocupar.

Después de los premios de la Academia Francesa, y aún en primer lugar, es el de la Academia Coucourt el más estimado, habiéndole correspondido este año a Henri Troyat, por su libro «L'Araignée».

Esta novela es digna de Dostoievski, por más que se presente bajo el epígrafe de Margarita de Navarra, que fué la más graciosa entre las francesas ilustres. «Guardarse de la araña que convierte la buena carne en ponzoñas», escribía ella. En la novela de Troyat, es la araña el joven «Gerardo de Fonseque», uno de esos seres ineptos para la vida y que no puede adaptarse al ambiente, por razón de una extremada sensibilidad patológica. Vive, pues, fuera de la vida, una existencia de perpétuo rebelde. No puede aguantar el que se casen sus tres hermanas, rebelándose contra la idea de su enlace con unos hombres que para él sólo son intrusos, y contra las imágenes de lo que será en su intimidad su vida de mujer.

Lucha, pues, para preservarlas contra ese cieno; pero en realidad, para quedarse con ellas, como la araña con su presa.

Será vencido, sin embargo, porque las fuerzas de la vida triunfan sobre las fuerzas de la muerte, y su familia, libertada por el fin dramático del joven, podrá seguir con calma su natural destino.

El Premio Theophraste Renaudot, lo ha obtenido P. J. Launay, por su novela «Leonía, la bienheureuse», cuya fábula es como sigue:

En el marco de una Normandía de fe ardiente y hechicería medioeval, es la historia de «Leonía» el drama espiritual de una aldeana, aislada por el misticismo de la vida, y esto hasta el punto de perder contacto con cuantos la rodean, incluidos marido e hijo, de lo que se originan las peores catástrofes familiares.

Para conjurarlas, determina Leonía acudir primero al hechicero, que comparte con el sacerdote la soberanía espiritual del pueblo. Pero la repugnan y espantan los ritos demoníacos, y huye del diablo, ofreciendo luego su vida a Dios. Siendo menester que su santidad la sancione el sacrificio supremo, la muerte, he aquí que el furor de un toro es el que satisface el deseo de Leonía y consagra su gloria...

Narración mediana, por no decir mediocre, que no acertamos a comprender por qué mereció tal galardón.

El «Premio Férrina» ha sido para Félix de Chazournes, por su «roman» «Caroline on le départ pour les îles».

Es la novela de un alma pura y sincera que se abre para un maravilloso destino; pero cuya embriaguez será breve.

«Carolina» parece hermana de la «Silvia» de Gerardo de Nerval y hace pensar en aquellos ideales amores que sueña uno con encontrar un día en una isla lejana.



Es un idilio doloroso, cuya sencillez cotidiana encierra un patetismo directo, una fatalidad sentimental que no deja a sus víctimas sino el deseo de una eterna resignación. A Carolina no le queda, tras su sueño de amor, más que el espejismo de las islas, donde se quedó su padre y a las que vuelve por fin, llevando en sí misma el recuerdo álgido de su desengaño. En torno a esta conmovedora aventura, hace vivir el autor muchos personajes divertidos y simpáticos, la comitiva pintoresca y abigarrada de una hada a quien, por desgracia, se le olvidó interesarse por la pobre Carolina.

Relato sencillo, de trama ingénua, lenguaje pulcro y desarrollo moral, como debe ser una novela escrita para mujeres.

Y llegamos al peor libro de los laureados, a «La Conspiración», de Paul Nizan, escritor de ideas extremas, que ha merecido el «Premio Interallies».

El novelista nos presenta en su obra la deformación caricatural de la idea comunista, en unos personajes —jóvenes intelectuales de una Escuela especial— que, en reacción planfetiaria contra el ambiente burgués-burocrático de Banco, Comercio e Industria, se embarcan en una aventura imposible, la cual, como es lógico, termina por una muerte y una baja traición. Buena pintura, aunque tendenciosa, la de esos cerebros tumultuosos, de chalinudos de Ateneo, incapaces en su petulancia revolucionaria de tender un puente entre lo imaginario y lo real. Tales son los autores y los libros que han merecido en Francia, este año, los «premios 1939» en el campo de las letras, o más concretamente, en el de la novela.

J o s é            S A N Z            Y            D Í A Z



FOTO  
ARTÍSTICA

E.  
DEL PINO



# Maurrás bajo la CUPULA

Por no haberse recibido a tiempo, fué imposible publicar esta crónica que nos envían de Bogotá, en nuestro número último. Queda compensada la demora, por el interés y sugestivo estilo con que está escrito el trabajo.

Ayer tarde se presentó Carlos Maurrás al edificio donde funciona el Instituto de Francia vestido de casaca verde y espadín obsequiado por los admiradores de su pluma. Iba a la Academia a leer su discurso de ingreso. «La inmortalidad» que ayer recibió oficial consagración no añade un adarme a la gloria de quien es uno de los más legítimos representantes de la cultura latina.

Una de esas tremendas injusticias que se cometen con los hombres en razón a sus ideas, había sido obstáculo para que Maurrás entrara a formar parte de la Academia Francesa. El noble e ilustre anciano tomó ayer contacto con lo que él ha llamado, en rotunda y enérgica expresión, «el país legal». No es una claudicación desde luego. Es la confirmación de un hecho que estaba incrustado en el pensamiento de sus compatriotas. Porque a Maurrás podrá discutirle como teorizante de la monarquía; podrá hacérsele fundamentales reparos a su obra de ensayista político; podrá discreparse de sus ideas religiosas; o mejor de sus ningunas ideas religiosas. Pero lo que nadie se atreve a dudar es que maneja una elegante y soberana pluma que ha enriquecido la novela, el verso, la crítica y el periodismo.

Maurrás sucedió, en la silla que la academia le señaló a Henri Robert, «le grand battonnier», el cronista de los menudos sucesos, de la crónica vieja; al que intentó clarificar muchos hechos que todavía apasionan e interesan y permanecen en una zona vaga; en una palabra es el autor de «los misterios de la historia». A él se le debe, por ejemplo, haber aportado un poco de luz en el intrincado «affaire du collier», en el cual se vió envuelta la calumniada y noble estampa de feminidad que fué María Antonieta.

Sucede Maurrás a un escritor que no se apasionó ni tuvo los ardores polémicos del director de «La Acción Francesa». Porque si Maurrás ha entregado la lucidez mental de su espíritu a la restauración de la idea monarquista, puede ostentar una diadema tan prestante como la de los reyes de Francia: el principado de las letras.

Hemos sostenido en repetidas ocasiones que nuestra admiración a Carlos Maurrás consiste en que ha creado todo un sistema político que permite a un escritor de orientación espiritualista moverse anchamente y darle vuelo y altura a sus ideas y pensamientos. El circuito ideológico de Maurrás ha suministrado tesis para los últimos movimientos de restauración nacional que se han librado en el mundo contra las fuerzas destructoras de una nacionalidad. Ocurre que hay que saber leer a Maurrás.

Cuando el insigne escritor seguramente daba las últimas plumadas de su discurso, corrigiendo y puliendo la tersura prodigiosa de su frase, recibió una tarjeta de desafío de un compañero suyo en las luchas del periodismo, del director de «Paris Soir». Maurrás obró en ese momento como lo hubiera hecho cualquier discípulo de la Iglesia de Roma; rehusó el desafío. El ingreso de Maurrás a la academia honra a la fundación de Richelieu y reverdece el prestigio que la distingue en tres siglos de historia. Para Maurrás, que ha sido un intelectual pleno; 60 años al margen de la vida oficial, el día de ayer debió de constituir para él un motivo de fiesta interior. Sus conciudadanos lo reconocieron públicamente como una indiscutida gloria de Francia. Para nosotros es un fornido y exquisito maestro literario y un pensador político de hondura.

Guillermo CAMACHO MONTÓYA



## || RAZÓN CREADORA DE LA ORDEN DEL "TÍO PEPE"

El Tío Pepe, es el símbolo de la alegría andaluza que encierra el vino Jerezano. Tomó forma, para darse a cuantos españoles o amigos de España, se destacan en su profesión, ennobleciendo su trabajo, con la lograda perfección conseguida a fuerza de amar su labor y su patria. Y así, pertenecen a la ya célebre orden del Tío Pepe, Príncipes y soldados, toreros y pintores, literatos y actrices, músicos y poetas, doctores y periodistas... todos cuantos han desfilado por las naves de esta Bodega, en saludo al símbolo popular del trabajo de Jerez. Es el Tío Pepe, en su oro, plata, cristal... y vino, un trasunto del carácter y de la sangre españoles, luz de nuestro sol, y muestra del santo trabajo que se traduce en cultivos, en vendimias, y en almacenado de siglos diluidos en el vino sin par de esta tierra.

Al crear esta Orden, sólo pretendí que todos cuantos emplean sus energías en actividades distintas a las de esta Casa, recibieran como saludo de aliento en su labor, el reflejo del esfuerzo incesante de esta Casa, donde el Marqués de Torresoto y sus hijos, laboran para llevar su industria hasta una altura de asombro y de orgullo para Jerez y España. Por ello, dar un Tío Pepe de oro, a la obra de oro de un Queipo de Llano, o de un Federico García Sanchíz, no es sino coincidir en el santo cariño al trabajo y un intercambio de fé, en la lucha diaria que todos los hijos de España sostienen para hacerla grande.

Y se dá el caso curioso, que yo, simple soldado del ejército que come el pan de esta Casa, tuve que dar el espaldarazo al caballero que en más brillante lid, ganó por Jerez y para Jerez, su ingreso en la orden de «su» Tío Pepe de Oro, Hablo de Don Manuel González Górdon, autor del maravilloso compendio de cuanto se debe saber de Jerez y su vino, esa ciclópea obra «Jerez—Xerez—Sheris» de la que críticos eminentísimos han dicho cosas, que bastarían para que el Tío Pepe, dejara por una vez su destino trocándolo en monumento que enalteciera al hombre que ha escrito la obra cumbre sobre Jerez y su vino.

Su ingreso equivale al reconocimiento por sus antepasados del entusiasmo que su descendiente pone en todo lo que a Jerez y a su vino se refiera. Fiel continuador de la obra iniciada por su abuelo—que ponía el corazón junto a los números y la divina Fé sobre la prosa del negocio,—este hombre, que es esclavo de una regla de cálculo, estropea la exactitud del aparato, tan pronto como haya por medio algo que influya en el culto a su tierra y a su vino, o incline a torceduras su sana intención, de cristiano amor a los demás. Este es Manolo González Górdon, nuevo cofrade de esta hermandad de los que trabajan: «La Orden del Tío Pepe de Oro».

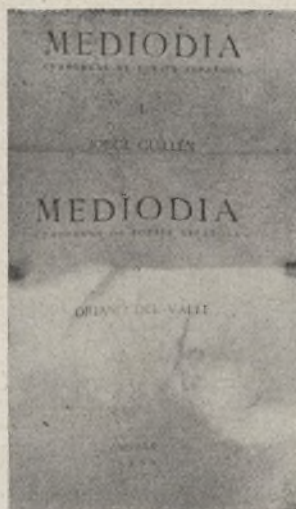
L u i s  
P É R E Z  
S O L E R O



# BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



“MEDIODÍA”. — Editado por Eduardo Llorent y Marañón — Sevilla 1939.

Dos cuadernos han aparecido de la gran revista sevillana, clara y meridiana como la precisión solar de su nombre. El primero de ellos, dedicado a la poesía geométrica y translúcida del catedrático D. Jorge Guillén, en el que, con ancha y limpia tipografía, se recogen las más precisas y pulidas estrofas del poeta de «Cántico». Y el segundo, consagrado por entero a Adriano del Valle, de quien lo mejor es, sin duda alguna, la encadenada serie de sonetos dedicados a Italia, en razón de hábito y servicio. De la poesía de Jorge Guillén ¿qué podríamos decir en este comentario de hoy? Después de su «Cántico» todo está más que afirmado: Guillén ha hecho la poesía augusta, sacramental y escogida de España. Creemos que la más depurada lírica contemporánea, es, de lleno, la de Jorge Guillén, cuya claridad absoluta ha intentado imitarse, inútilmente, por otros poetas que siempre se consagraron por entero, al color fácil y al bano sin estilo. No hay color en la poesía de Guillén: hay exactitud de línea, ángulo de expresión insuperable, metáfora justa: verdadera poesía. Por eso, a Jorge Guillén se le busca, para leerlo, a la hora más escogida, cuando la vida quiere un tiempo de gozo y

meditación, de serena lectura claustral: eso: [poesía claustral, para convivencia de los hábitos de un Monasterio! «Por aquí, bajo estas ojivas, sea la luz: y la luz ha sido». Oh, génesis poética de la lírica guilleniana, cómo se ofrece, en esta claridad de *Mediodía*, a nuestra sed de algo escogido, comulgado y bien dicho!

Adriano del Valle, con su flauta de fábula, con su mitología de cuchillos y pájaros, de ranas y vencejos, en su ardiente y maciza poesía de novísima creación: poesía arquitectónica, que diríamos nosotros, publica en el segundo cuaderno una serie de sonetos admirables. Adriano domina la técnica del endecasílabo, tal vez como nadie, aunque quizá adolezca—y ello, a lo mejor, no es sino una virtud nueva: la estadística al servicio de la Poesía—de un exceso de nombres propios en el verso. La superabundancia de nombres, denota facilidad en el manejo de las medidas, pero disminuye la intensidad lírica: en casos generales, se entiende, no en el momento de estas composiciones del poeta de Sevilla. Hemos leído una vez y otra, este cuaderno, de magnífico corte adriánístico y, sobre todo, de una personalidad poética definida y rotunda.

Llorent, actual Director del Museo de Arte Moderno, de Madrid, publica, con unción de lírica bien orientado, *madero aislado en el naufragio*, estos Cuadernos con que vuelve a nosotros, después de una ausencia excesiva, *Mediodía* de la ciudad de la Gracia.

“ISLA”. — Hemos recibido el cuaderno 17 de la selecta publicación que rige el pulso poético de Pedro Pérez Clotet, con redoblado fervor de una cada vez mayor integridad literaria. Destaca en este número, como un *Preludio* propio de la firma que lleva, un magnífico artículo de Manuel de Falla titulado «Notas sobre Ravel» y que dedica a Roland Manuel y Maurice Delage. A continuación, dos sonetos «Desnudo» y «Arbitro de Amor», de Eduardo Llorent; otros dos de Díaz Plaja, «Junio» y «Corpus»; un estudio de Porlán y Merlo: «Claridad de Jorge Guillén»; un soneto de Juan Sierra «En la marcha de un amigo»; «Cantos» de Ruiz Peña; una bellísima prosa de Pérez Clotet, «La luz y el viento»; una poesía interior de Francisco Montero Galvache, titulada «Almendo en flor»; una crónica «Gozos y amargura de un poeta» de Virgilio Nóvoa Gil y la sección de T. S. H. Con trabajos de José Sanz y Díaz y editoriales, cerrados con una nota—que agradecemos—sobre el número anterior de nuestra Revista.

ISLA en su fresca y olorosa retama de orillas, ofrece a los selectos, sus altas y finas palmeras de luz, como un saludo a los gallardetes de los navíos amigos.



**"LIRA BÉLICA".— José Sanz y Díaz. — Santarén, Valladolid 1939.**

Le editorial Santarén de Valladolid ha enriquecido su archivo bibliográfico con una nueva producción de Sanz y Díaz, el buen escritor aragonés. Esta vez no ha orientado su tarea hacia una labor de su propio y personal estilo. Conociendo ya de antiguo, el fervor de Sanz y Díaz por todas las cosas de España, comprendemos bien que haya querido incorporar a la Poesía selecta, antológica y apretada del libro, toda esa producción poética que, nacida al calor mismo de la



guerra, anda, de voz en voz, hecha romance una, y otra, alta y fuerte, en el nervio de las nostalgias más escondidas de España. Muchos han sido los poetas que en esta Antología figuran: quizá demasiados nombres para una obra que pretende quedar en la literatura de hoy. Pero justo será consignar, en favor del antologista, que la tarea es árdua y difícil, sobre todo, cuando la imprenta no produce en el ritmo de rapidez necesario para que el libro lo contenga todo. Hay, además, algunos lunares en esta «Lira bélica»: versos sin poesía de algunos poetas anónimos y otros conocidos, en los que no hay ni la menor intención poética. LIRA BÉLICA ha debido desentenderse en absoluto de esos vacíos clarísimos, y que no sería difícil señalar, si la obra resultase favorecida.

Por hoy, y seguros de que Sanz y Díaz más adelante sabrá rectificarlos, nos limitamos a insinuar la idea mejoradora. Otros poetas, en cambio, han visto reproducidos textos que no recogen, con exactitud su labor poética en beneficio y salutación de la Cruzada.

Pero algo hay de mérito indiscutible en el libro: su honradez profunda, y el deseo firme y neto de recoger, para memoria del tiempo, esa poesía suelta, popular y ancha, que desde Julio del 36 estalló en la frente de la Patria, como un acorde so-

lemne y altísimo de arpa militar y heroica, sobre la misma herida sangrante de España. Este mérito por sí solo, justifica la publicación del libro.

Que lo demás, se nos dará — tal vez en otra edición próxima — por santa añadidura.

## ACUSE DE RECIBO

1

A D. Tomás García Figueras, autor del folleto sobre «FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS EN BENADALID (Málaga)», acusamos recibo del ejemplar que ha tenido la bondad de remitirnos, y en el número próximo lo comentaremos ampliamente.

2

Ha llegado a nuestra Redacción un ejemplar de la obra «HUELLAS IMPERIALES» del Capitán Legionario Guido Carrara, el «Legionario», cuyas charlas de propaganda nacional en favor de la Cruzada española, todos nuestros lectores conocen. La Obra—que comentaremos debidamente cuanto nos terminen la reproducción fotográfica de su portada—contiene tres conferencias del Legionario, un prólogo, y varios artículos del ilustre Padre Franco. Ha sido confeccionada, bajo la protección del Almirante Bastarache, Consejero Nacional, en los Talleres editoriales de D. Manuel Cerón, de Cádiz, y su portada ha sido hecha por Jiménez, el notable dibujante gaditano. Enviamos nuestras gracias al Capitán Carrara, felicitándole por el éxito cordial de su libro.

3

A la Real Embajada de Italia, en San Sebastián, acusamos recibo de cuantos diarios, revistas y otras publicaciones nos han sido remitidos recientemente por su servicio de Propaganda, en intercambio con esta Revista.



# Asociación de Armadores de Buques de Pesca

---

---

## DE CÁDIZ

---

---

Desenvuelve todas sus actividades  
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606  
2553

C A D I Z

---

MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>A</sup>, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA  
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

---

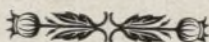
NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

---

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

Ayuntamiento de Madrid



# FERMIN ZAPATA



SEGUROS  
GENERALES



Mateos Gago, 38.

Rodrigo Caro, 1.

Teléfono 21792

SEVILLA

Conca Hermanos, S. A.

CASA CENTRAL:

BENEJAMA (Alicante)

Aceites Orujo - Vinos y Aceitunas



SUCURSALES:

MANZANARES (Ciudad Real)

ROCIANA (Huelva)



Alcoholes rectificadas : Vinos  
- Mistelas y Concentrados. -

# Miguel Martínez de Pinillos

CADIZ

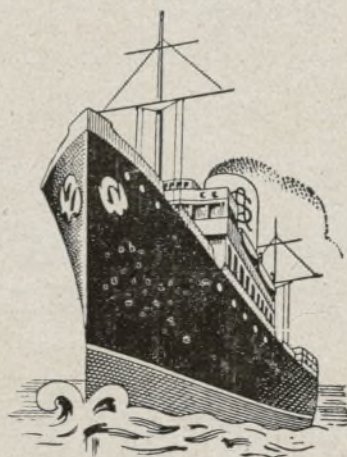


Servicios regulares de Motores-Fruteros de Canarias para el Norte y Levante de la Península. :: Línea de Cabotaje y Gran Cabotaje.



Dirección de la Empresa:

Plaza Generalísimo Franco, 6.-CADIZ



GROSSO Y C.<sup>A</sup>  
CONSIGNATARIOS DE BUQUES

Apartado 38  
Teléfono 2329

CADIZ



En breve  
SAN FERANNO  
ciudad de la Marina  
SUPLEMENTO núm. 1  
de  
"CAUCES"

Almirante Bastarache.  
Pemán.  
Travededo.  
Montero Galvache.  
Atarfe.  
Luis de Barja.  
Guido Carrara.  
P. José M.<sup>a</sup> Franco.

**EDITORES:**

Francisco MONTERO GALVACHE  
José María HERNÁNDEZ RUBIO  
y Pedro MONTERO GALVACHE

Queipo de Llano, 38.  
Jerez (Cádiz) ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



